

Marcel Cohen

LA ESCENA INTERIOR

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Advertencia

Maria Cohen

Jacques Cohen

Monique Cohen

Sultana Cohen

Mercado Cohen

Joseph Cohen

Rebecca Chaki

David Salem

Notas

Créditos

Sinopsis

Entre 1943 y 1944, en el París ocupado, el autor perdió a toda su familia (madre, padre, una hermana de escasos meses, abuelos paternos, tíos), detenida en distintos momentos y enviada a Auschwitz tras pasar por el campo de internamiento de Drancy. A Marcel Cohen le salvó que, durante una redada, él jugaba en el parque con Annette, la joven criada bretona de la familia paterna. Tenía cinco años. Mucho tiempo después, alejándose de todo rasgo ficticio, Cohen relata lo que ha podido averiguar de sus familiares desaparecidos: la juventud de la madre en Estambul, su coquetería, el agua de colonia que utilizaba su padre, las rocambolescas vidas de los tíos... Y lo hace a partir de algo muy pequeño: los escasos objetos y fotos que sobrevivieron. Ante una imagen de su padre tocando el violín, una pequeña huevera o un caballito cosido a mano, es decir, objetos y hechos, y un puñado de recuerdos, Cohen reconstruye las vidas truncadas de aquellos que no sobrevivieron a la barbarie.

LA ESCENA INTERIOR

Hechos

Marcel Cohen

Traducción de Javier Albiñana

TUSQUETS
EDITORES

Advertencia

Intentar recrear lo que, dentro del lenguaje, en el machaqueo interno, puede aún comunicarse a los demás.

GEORGES-ARTHUR GOLDSCHMIDT

¿Sería un sinsentido un libro cuyo centro se hallase en la periferia, y que no ofreciese nada en que apoyarse? ¿Y por qué reunir materiales que no tienen nada de ejemplar ni nos enseñan nada, aunque resuman la obsesión y la labor de toda una vida? Al margen de las ideas establecidas sobre el testimonio, este libro debía escribirse. Incluso es imprudente que no me haya ocupado antes de ello. En 1980, Denis Roche publicaba una obra cuyo título resume a la par el carácter voluntario e incierto de tal empresa. Ese libro se titulaba *Dépôts de savoir* («Cúmulos de saber»)..

Las páginas que siguen contienen, en efecto, todo lo que recuerdo, y también todo lo que he podido averiguar sobre mi padre, mi madre, mi hermana, mis abuelos paternos, dos tíos y una tía abuela desaparecidos en Auschwitz en 1943 y 1944. Tan sólo una tía política regresó de allí. Yo tenía cinco años y medio. Si bien los hechos aquí reunidos constituyen otros tantos pequeños sedimentos, son demasiado fragmentarios para bosquejar retratos, e intentar enlazarlos para crear un relato supondría una auténtica ficción. De esa ficción se desprendería que la ausencia y el vacío pueden expresarse. «Quiero hechos, no motivaciones de mis carencias», apuntaba Alejandra Pizarnik en su *Diario*.

Este libro se compone, pues, de recuerdos y, en mayor medida, de silencio, de lagunas y de olvido. Secretamente, albergó la esperanza de que un uso de esos *hechos* se impusiera, no obstante y en primer lugar, a mí mismo, como cada vez que se produce acumulación, ordenamiento, voluntad de poner en limpio. Una sola certeza: la ignorancia, la tenuidad y los vacíos son sin lugar a dudas los que imposibilitaban tal empresa imperativa. No cabía añadir a las monstruosidades pasadas la injusticia de dar a entender que aquellos materiales eran demasiado endeble, que la personalidad de los desaparecidos era demasiado nebulosa y, por utilizar una expresión que duele pero que permitirá que se me comprenda, demasiado poco «original» para justificar un libro. En la escena III de la ópera de Richard Wagner *El oro del Rin*, la fórmula mágica de Alberich que vuelve invisible es la siguiente: «*Seid Nacht und Nebel gleich*» («Asemejaos a la noche y a la niebla»). Sabido es el uso que se hizo posteriormente de ese *Nacht und Nebel*.

En realidad, lo que he podido averiguar sobre mi familia se limita a muy poca cosa: los testimonios se confirman muy rápidamente cuando hombres y mujeres desaparecen todavía jóvenes. Por otra parte, bastantes supervivientes tan sólo se vieron con fuerzas para fundar una familia parapetándose en el mutismo. Acuciado por una de sus hijas para que contase lo que sabía de sus padres, de sus hermanos, de su tía, un tío paterno mío no pudo sino prorrumpir en sollozos. Lívido, los labios temblorosos, incapaz de articular la menor palabra, estaba tan conmovido por aquella intimación a la que se había sustraído durante sesenta años, que se preguntaron si no había que llamar a un médico. Su amnesia era tan firme, se había convertido hasta tal punto en su auténtica naturaleza, que había borrado fragmentos enteros de su propia existencia ligados a los desaparecidos. Exceptuando lo que había contado ya cien veces y que ya no le alteraba, habría sido inhumano intentar arrancarle algo más. Cuando estábamos solos, lo más aventurado que podía hacer mi tío era tomar un instante mi mano entre las suyas mientras desviaba la mirada. Deduje que mi presencia le recordaba de tal manera a mi padre que ésta era sinónimo de afecto a la par que de intenso dolor.

Al final de su vida, sus hijas lograron no obstante que revelara algunos retazos. Formularon a su padre preguntas por escrito. Tenía que sentirse libre de no contestar, o de no hacerlo hasta llegado el momento. Y así, mientras se hallaba solo en el piso, surgieron pequeños detalles en la página en blanco. Aparecerán en las páginas que siguen: una dirección, el nombre de un pueblo, los platos que cocinaba su madre, el mote que le ponían los vecinos a su padre, el título de un periódico que leía su hermano.

¿No otorgan los escritores un poder exagerado a los pequeños paralelepípedos de papel que se acumulan a su alrededor? Lo que parecía tan necesario salvaguardar ¿no se sepulta con tanta seguridad como en el silencio? Un escritor no acepta la idea de que esas pequeñas estelas, adosadas unas a otras en las bibliotecas, puedan perder todo significado. Incluso basta pasear la mirada sobre el lomo de los libros para comprender que la voluntad de encontrar una forma para lo informe sigue siendo un mensaje claro, aun cuando los volúmenes se hayan tornado inaudibles.

M.C.

Maria Cohen

Nacida el 9 de octubre de 1915 en Estambul.
Convoy n.º 63 del 17 de diciembre de 1943.



En 1939, pocos meses después del estallido de la guerra, Marie visitó a una amiga de la familia, en el distrito XI de París, y le regaló una pequeña huevera de madera, pintada a mano. En 2009, sabiendo que íbamos a vernos, esa amiga de Marie metió la huevera en su bolso para regalármela. Desde hacía tiempo, no resultaba ya lo bastante presentable como para ocupar su sitio en la mesa, y los niños y nietos de esa amiga, pese a lo mucho que la habían utilizado, no le prestaban atención. Resquebrajada y descolorida, como una madera raída, la huevera apenas conserva unas manchas de color de las que cuesta afirmar con certeza qué pudieron representar. Acaso una mariposa. Tan sólo en el pie resulta totalmente reconocible un lazo naranja realzado en negro, como suelen verse en los huevos de Pascua rusos.

Sé muy bien que los objetos familiares son sinónimos de ceguera: dejamos de mirarlos y ya sólo transmiten la fuerza de la costumbre. Pero la huevera en la alacena de la vajilla, siquiera de forma muy episódica, sin duda tuvo muchas ocasiones de suscitar arranques de ternura asociados a Marie. (Se hacía llamar Marie pese a que su nombre oficial era Maria.) Pienso que no se conserva un objeto tan modesto, y tan deslustrado, durante sesenta años sin serios motivos. El temor a verlo desaparecer confirma ese apego. Así pues, la pequeña huevera, hoy, no es solamente la concreción de un recuerdo. ¿Sería abusivo ver en eso la calidad misma de ese recuerdo, su textura, algo tan incierto como el reflejo de un aura?

*

Un par de guantes de cuero fino, de color crema, y un libro esperaban permanentemente en la pequeña repisa negra de vidrio tintado que cubría el radiador, junto a la puerta de entrada, en el piso del boulevard des Batignolles donde vivíamos. En la calle, libro y guantes disimulaban la estrella amarilla cada vez que era necesario. Ésta debía ir cosida a la izquierda, a la altura del pecho. Así pues, era su mano derecha la que me tendía Marie para cruzar la calle. Ella se crispaba mucho cuando, al borde de la acera y por falta de atención, yo me colocaba a su izquierda. Antes de avanzar por el paso de peatones, se veía obligada a pasar por detrás de mí, o a dar una vuelta completa, sobre sí misma, para tomarme la mano izquierda. En medio de la multitud, la maniobra resultaba sumamente comprometedor. Si el incidente se reproducía demasiado a menudo, no tenía lugar sin un «¡tch!» de irritación.¹

*

A todas las edades, he coincidido con hombres y mujeres que conocieron a Marie en Estambul, antes de su marcha a Francia, adonde inmigra y donde se casa en 1936, y más adelante en París. Nunca pronunciaron su nombre sin esbozar una leve sonrisa de ternura, una emoción muy real, a veces una exclamación: «¡Ah, Marie!». Asimismo, siempre percibí un interés y una simpatía inmediatos hacia mí. Yo era el hijo de Marie, y eso no era cualquier cosa. De niño, y después de adolescente, no era raro que me besaran con una mezcla de estupor, de afecto espontáneo y de admiración inmerecida. En ocasiones incluso apartaban la mirada para ocultar una lágrima. Cuando me alejaba, oía un pequeño susurro tras de mí: «¡Es el hijo de Marie!». Notaba miradas insistentes y me daba la impresión de que mi presencia aguaba un poco la fiesta, sin dejar por ello de constituir un acontecimiento.

Necesité mucho tiempo para comprender que en Estambul muchas chicas de su edad sentían celos de la belleza, el encanto y la audacia de Marie. Numerosos chicos estaban enamorados de ella. Varias familias soñaban con tenerla de nuera. Su belleza podía explicar el interés de los chicos, no el de las familias. Al parecer, el secreto de Marie radicaba —al igual que en su belleza— en un buen humor, un desparpajo y una gracia contagiosos a los que las potenciales familias políticas no eran insensibles.

*

Una foto me muestra, a los cuatro o cinco años, con una media melena recogida con un pasador, como la llevan las niñas. El pelo está ligeramente ahuecado y, a todas luces, Marie acababa de peinarme con esmero. Un cuello Claudine, satinado y de quita y pon, prendido con un broche del que cuelgan dos zapaticos de madera, alegre mi bata de color azul marino. El borde del cuello, los dos falsos bolsillos y el ribete de las mangas cortas están hechos de ganchillo: una labor de costurera de barrio, sin lugar a dudas. Salta a la vista que Marie le ha dado instrucciones muy concretas.

Recuerdo perfectamente el cuello duro hendiéndome la piel, junto con un sentimiento de humillación: me siento disfrazado, incómodo y furioso, porque, encima, Marie y el fotógrafo exigen una sonrisa. Todavía ahora, al mirar la foto siento hasta qué punto mi sonrisa es poco natural. No conservo ningún otro recuerdo de haber llevado ese cuello satinado. Al parecer, se trataba de la primera foto de identidad, destinada a algún documento oficial. Puede que Marie quisiera también conservar un postrer recuerdo de mi tierna infancia. Sea como sea, no cabe duda de que a Marie le complacía sumamente vestirme, de que lo hacía con un celo extremo y de que cultivaba la androginia de un niño de esa edad negándose a cortarme el pelo.

*

Estamos en 1930, o en 1931, en Kadiköy, un barrio de Estambul situado en la orilla asiática del Bósforo, de donde es originaria la familia de Marie. Marie tiene quince o dieciséis años. Durante las vacaciones escolares, pasa la tarde con un grupo de amigos. Una foto la muestra en aquel entonces tocando el banjo junto a un chico que rasguea una guitarra. Varias chicas son, como ella, alumnas de escuelas y colegios religiosos franceses, o de escuelas de la Alianza Israelita Universal (véase Jacques). Entre los chicos, muchos son alumnos del liceo francés de Galatasaray. Les gustaría comprarse un helado, pero no les llega el dinero. Alguien lanza la idea de mendigar llamando a las puertas, lo que suscita la risa de todos. Marie decide recoger el guante. Busca una sábana, se cubre con ella, se la anuda en la cintura, oculta el busto y el pelo imitando el hábito y el velo de las monjas y llama a la puerta de una casa opulenta. El grupito de amigos observa de lejos a Marie, que mantiene una larga conversación. Por lo visto, resulta muy convincente, pero cuando el dueño de la casa regresa con unas piastras, Marie se ve incapaz de reprimir un ataque de risa, se alza la sábana hasta las pantorrillas y sale pitando.

De manera edificante para mí, el único testigo de aquella escena, a quien interrogué numerosas veces, no dejó nunca de recalcar el siguiente pormenor: Marie había olvidado quitarse el carmín pálido que se ponía cuando no iba a clase. Sin duda su primer carmín. Para el testigo, ese carmín constituía la prueba evidente de que Marie podía conseguir casi cualquier cosa, de cualquier persona.

*

Un gran baúl de mimbre, vacío, aguardaba en el comedor del boulevard des Batignolles, sin duda en previsión de una mudanza urgente que nunca tuvo lugar. Me gustaba esconderme en el baúl. Las reglas del juego exigían que Marie y Jacques fingiesen buscarme. Antes de levantar la tapa, esperaban a que yo me traicionase al escapárseme la risa en cuanto los oía acercarse. Debí de esconderme en aquel baúl decenas de veces. Y decenas de veces Marie y Jacques se prestaron al pequeño ritual de interpelarse con voz altisonante por el piso mientras se preguntaban dónde podía estar yo escondido.

*

Marie no habría pelado una cebolla, una escalonia o un diente de ajo por nada del mundo, me repitió mil veces mi familia. Ella aseguraba que el olor se le quedaba impregnado en las manos durante días. Siempre me han recordado ese pormenor en tono levemente cáustico. Una manera de decir, sin decirlo, y pese a todo el afecto posible: «Era demasiado coqueta para rebajarse a quehaceres tan triviales».

También mis manos, por más que me las enjabone repetidamente, conservan determinados

olores hasta el día siguiente, y a veces más tiempo. De modo que sólo yo comprendo que la coquetería de Marie tenía más razón de ser de lo que decían. Varios parientes me han comentado, cuando participo en la elaboración de un plato, que al día siguiente les tomo como testigos del olor persistente en mis dedos. Y me recuerdan también que he evocado ya diez o veinte veces esa particularidad de Marie, como si todavía quisiera justificarla.

*

Remedaba mi propia muerte tumbándome en el parque, inmóvil, con los brazos en cruz, como un Cristo. Fue sin duda ante un crucifijo cuando oí pronunciar por vez primera la palabra «muerte». En cualquier caso, creía que nos moríamos sólo de una manera: con los brazos en cruz. Oía a Marie trajinando por la casa, los pasos de Jacques y los crujidos del parque bajo su peso. Por más que yo cerrara los ojos, nadie se inquietaba. Acumulando como acumulaba todos los síntomas, ¿cómo podían adivinar que no estaba muerto? Durante largo tiempo fue un gran misterio.

*

La memoria de los perfumes se ubica en la parte más arcaica del cerebro, la que conservamos en común con nuestros lejanos ancestros anfibios. Al parecer somos capaces de distinguir hasta tres mil olores. El lactante que llora se calma de inmediato cuando, al ser tomado en brazos, reconoce el olor del cuello de su madre. En los brazos de cualquier otra persona, sigue llorando. En las clínicas, y durante las semanas siguientes al parto, se desaconseja a las mujeres que se pongan perfumes demasiado fuertes. Esa memoria de los perfumes, al parecer, no se pierde nunca y no da pie a la menor confusión.

El perfume que utilizaba Marie quedó tan anclado en mí que lo reconocía en cualquier mujer, desde mi niñez más temprana. Como no sé el nombre de ese perfume, sigue siendo igualmente inalcanzable. Sin el punto de referencia que representaría una marca, la forma de un frasco, una etiqueta, un tapón, ese perfume sigue siendo algo sumamente imaginario. Sin la más mínima prueba, no posee siquiera la fuerza de una convicción íntima. Por lo tanto, no me atrevo a imaginar lo que ese perfume ha podido significar, sin saberlo yo, y en un primer momento, en mis relaciones con las mujeres.

*

Olor obstinado, cada vez que Marie abría el bolso: amalgama de polvos de arroz, perfume, carmín. En el armario, el cuero del bolsito negro reservado para conjuntarlo con los vestidos elegantes (y que reconozco muy bien en varias fotos) permanecía fuertemente impregnado de

aquel olor heterogéneo. El bolsito era mucho más misterioso que el bolso habitual, porque el olor sobrevivía a todos sus componentes, indefinidamente, al parecer. Remembranza de haber hundido varias veces la cara en el bolso vacío con la sensación de haber penetrado en el corazón de un misterio.

Todavía hoy, en los mercadillos de segunda mano, abro de vez en cuando los bolsos viejos, como si alguno aún pudiera retener el indicio de una presencia. Aunque he dejado de meter en ellos la nariz, abro las cajas antiguas de polvos de arroz, incluso vacías. Me sorprende que todo lo que evocan siga siendo tan palpable, tan sencillo, cuando nadie, entre la multitud, le presta la menor atención. Todo el mundo sabe, sin embargo, que el olor de los polvos de arroz no ha cambiado desde hace por lo menos un siglo, tal vez mucho más.

*

Nacido, como Marie, un 9 de octubre.

*

En la esquina de la rue de Lévis con el boulevard des Batignolles, un guarnicionero exponía en el escaparate un caballo disecado. El animal estaba ensillado y enjaezado. Llevaba también una manta, anteojeras, polainas y orejeras. Tal acumulación de accesorios confería al caballo un aspecto aterrador.

En el boulevard de Clichy, la entrada del Cabaret de l'Enfer representaba una cabeza de demonio con la boca abierta de par en par, con cuernos, ojos desorbitados y colmillos. Durante el día, la enorme boca por la que se entraba estaba cerrada con una persiana metálica. El hecho de que, cuando pasábamos, la persiana estuviera siempre echada no disminuía en absoluto la amenaza que planeaba sobre todo el barrio.

Recuerdo muy nítido de la mano de Marie que, en aquellos parajes peligrosos, tiraba de mí si yo intentaba retrasar el momento o, por el contrario, me contenía cuando apretaba el paso para sortear la amenaza lo más rápidamente posible. También entonces solía emitir un pequeño «jtch!» de irritación.

*

Seis fotos:

a) Marie: joven inmigrante camino de Marsella en el paquebote francés *Patria*. En la escala de El Pireo, el 5 de abril de 1936, envía, en francés, una postal a su padre, Albert Salem, que vive en el número 23 de Yeldemen Sokak, en el barrio de Kadiköy. Marie anuncia: «Hemos dado un largo paseo en coche, ha sido maravilloso». Ese mismo día, envía a su hermana mayor, Fanny, y a la

menor, Victoire, una foto tomada en el puente de proa del paquebote. Marie posa junto a una guindaleza, con un largo vestido negro estampado con motivos blancos. El cuello, los puños de las mangas y del vestido lucen una trencilla blanca. Marie lleva un ancho cinturón negro y botines de tacón alto. Sonríe y, para parecer más natural, mira hacia alta mar. En el dorso de la foto, indica a sus hermanas: «No os fijéis mucho, la foto no es nada buena».

b) Marie de luna de miel en Niza, dándole el brazo a Jacques, mi padre, en la Promenade des Anglais, en diciembre de ese mismo año: largo abrigo negro con puños de zorro gris. Cuello amplio de la misma piel. Escarpines negros de tacón alto. Bolsito de cuero negro bajo el brazo. Tocada con un sombrero negro de tipo tirolés, levemente inclinado y rematado con una pluma erguida. Marie sonríe mirando al fotógrafo. Su atuendo me ha recordado siempre el concurso de elegancia de automóviles que se veía en el cine, para cerrar los boletines de noticias. En mi recuerdo, las secuencias se rodaban invariablemente en la Promenade des Anglais o en el parisino parque de Bagatelle.

c) Marie acompañada de Jacques y de su cuñado Joseph, en el parque Monceau, en París: amplio abrigo negro abierto sobre un estampado con motivos blancos. Anchas solapas en punta y de satén negro. Mangas cortas. Collar de gruesas perlas fantasía. En la mano, el bolsito de cuero negro (en el que yo hundía la cara) y guantes venecianos blancos. Todos posan un poco. Marie baja la cabeza, sin duda para parecer menos seria, y, como en Niza, mira a los ojos al fotógrafo.

d) Marie conmigo en brazos: vestido oscuro de manga corta adornado con un cuello camisero blanco. El borde de las mangas está bordado con un dobladillo visto del mismo color. Gruesos botones blancos de fantasía. Bajo la lupa, esos botones parecen representar una corona real. En el talle, grueso cinturón fantasía de metal plateado. Amplia sonrisa, aunque un poco petrificada, como si la sesión fotográfica hubiera durado demasiado.

e) Marie en el parque Monceau, en compañía de Jacques: lleva el abrigo con adornos de zorro que viste en la foto tomada en Niza, pero el abrigo se abre y deja entrever un vestido de lana gris, un poco austero. Alegran el vestido unos frunces bajo la rodilla y un grueso collar de perlas de bisutería con dije. Cinturón negro de gorgorán con dos hebillas de metal plateado. En la cabeza, gorro del mismo gris que el vestido, adornado con un strass encima de la frente. En la mano, bolso y guantes negros. El velo bajado hasta medio rostro.

f) Existe una foto de grupo, tomada en el campo, y en la que también aparezco yo. Todo el mundo exhibe la misma sonrisa forzada y se afana por permanecer inmóvil ante el objetivo, procurando al propio tiempo parecer lo más natural posible. Marie, por su parte, se ríe a carcajadas, la boca muy abierta, sin la menor contención. En una segunda foto, tomada en el mismo lugar, con unos minutos de intervalo, los personajes se han desplazado. Uno de ellos ha desaparecido, sin duda para sustituir al fotógrafo. Otro ha entrado en el campo de visión. Los presentes han recobrado la misma sonrisa forzada, pero Marie ahí ha dejado de reír. Es la única que no esboza siquiera una sonrisa. Frunce el ceño. Baja la cabeza, crispa la boca. Mira hacia el suelo. Marie está en otra parte, distraída, tal vez un poco triste, como una niña que se aburre.

*

En la place Clichy, nunca pasábamos por delante de la cervecería Wepler. Día y noche, ocupaban el local y la terraza decenas de soldados alemanes de uniforme, pues habían requisado el establecimiento para la tropa. No teníamos miedo, porque aquellos hombres no estaban de servicio. Sin embargo, los judíos y las mujeres solas se exponían a las pullas y los silbidos de decenas de parroquianos ociosos.

Al escribir el nombre «Wepler» descubro que, sin tener la menor conciencia de ello, en la place Clichy voy siempre por la acera de enfrente, sean cuales sean mi destino y mi procedencia. De igual modo, no he entrado en el Wepler más que una sola vez. Un escritor estadounidense, alojado por los alrededores, me había citado allí. Recuerdo muy bien haber pensado, al teléfono, proponerle otro lugar, que era de más difícil acceso para él, hasta que comprendí lo ridículo de esa ocurrencia.

*

El cabello de Marie formaba una pronunciada ondulación en la sien derecha. Curiosamente, las fotos muestran la misma ondulación en mi abuelo paterno y en mi padre. De modo connatural, yo heredé esa ondulación en el mismo sitio. Desapareció poco después de la treintena con las primeras señales de calvicie y me incomodó durante toda mi adolescencia, como irritó siempre a mi padre. Éste utilizó todos los subterfugios para controlarlo, incluidos los más ridículos (véase Jacques). Yo, en preescolar, en el colegio, me pegaba el mechón rebelde con jabón.

*

Los motivos de mi ira se han perdido, pero me veo perfectamente, sentado desnudo en la bañera, bajo la ducha fría que me administró Marie aquel día. Rememoro mis potentes berridos, la impresión de sofocarme bajo el chorro. Oigo los gritos airados de Marie, su voz aguda, en su paroxismo, mientras me mantiene sentado al fondo de la bañera e intenta hacerse oír, razonar conmigo. Siento el peso de sus brazos desnudos sobre mis hombros mientras forcejeo. Veo su vestido ligero gris (es verano) salpicado por el agua que le arrojé con las dos manos, hecho una fiera.

Para llegar a tales extremos, la lucha, está claro, alcanzó una violencia homérica. Puede que incluso golpeará a Marie. Tras lo cual, estupefactos y vencidos ambos, lloramos durante largo rato en el pequeño comedor del boulevard des Batignolles, cada uno en su rincón: impotencia de una joven madre, en bastantes aspectos niña mimada, desamparada ante un hijo colérico, demasiado mimado a su vez, y avergonzada por haber llegado a ese extremo; hipos y

postreras lágrimas de un niño hecho un manojo de nervios, al que le cuesta recobrar el aliento, y que se siente vencido, humillado y traicionado. Conservo el recuerdo de dos soledades herméticas mientras llorábamos, de que algo se había roto definitivamente. Recuerdo también de la cara seria y ceñuda de Jacques aquella noche. Fue sin duda aquella seriedad inhabitual la que acabó de dar la medida de la situación.

*

Mi abuela materna no perdió nunca la ocasión de comentarme que teníamos la misma peca en el hombro izquierdo: mismas dimensiones, mismo color de café torrefacto, misma textura granulosa. Añadía que Marie tenía también esa peca en el mismo sitio y que siempre la había fascinado. A Marie la maravilló, pues, descubrir la misma peca en su hijo. Mi abuela señalaba siempre la peca cuando me veía con el torso desnudo: «La marca de fábrica».

*

Los días en que Marie no llevaba prendida la estrella amarilla, me hacía especial ilusión, en la línea de metro Dauphine-Nation, cerca de Barbès, permanecer de pie en el primer vagón, junto al jefe de tren. Un ventanillo daba a la cabina del maquinista y ofrecía una vista sobre la vía. Cuando nos disponíamos a entrar en el tramo aéreo, yo observaba el cuadrado luminoso que se agrandaba ante nosotros. Después, siempre se producía la decepción del agujero negro en el que íbamos a precipitarnos.

Marie estaba detrás de mí y miraba también con gran interés. El espectáculo parecía «robado», e incluso robado tres veces: en tanto que judíos, nunca hubiéramos podido viajar en el primer vagón; después, estábamos solos, con el maquinista, disfrutando de una vista privilegiada. El tercer motivo era el más emocionante: el propio jefe de tren no reparaba en nuestra presencia ilegal. Su gorra gris, su silbato (para llamar al orden a los pasajeros) y los dos botones (uno verde, otro rojo) que ponían en funcionamiento la apertura y cierre de las puertas le conferían una innegable autoridad.

Los días con estrella, montábamos en el último vagón, el reservado a los judíos. Como veía con la misma frecuencia a Marie con estrella que sin ella, el que me arrastrara hacia el último coche parecía un auténtico castigo. Marie era perfectamente consciente de ello y me apretaba con firmeza la mano cuando nos dirigíamos hacia la cola del tren.

*

Mis abuelos maternos tuvieron cuatro hijos y tres hijas. Al igual que Marie, su benjamín, David (véase ese nombre), murió tras ser deportado. Mis abuelos me repitieron cien veces que nada ni

nadie se había resistido a Marie. Cuando yo intentaba saber más, volvían a los mismos epítetos con los que me quedaba igual: «graciosa», «guapa», «afectuosa», «inteligente».

Rebasado ese límite, a mis abuelos se les saltaban las lágrimas. Si yo insistía en preguntarles, mi obcecación pasaba a ser una falta de consideración: yo no respetaba su dolor. Enseguida su rostro se ensombrecía: «¡Te lo suplico, no insistas!». Cuanto más me parecía acercarme a Marie, más descubría una imagen difuminada por las lágrimas. De adolescente, me exasperaba ese mutismo, sobre todo porque parecía que abiertamente me echaban en cara mi curiosidad. Daba la impresión de que Marie hubiera seguido siendo la hija de sus padres sin haber sido la madre de su hijo. Tal vez me habría enterado de más cosas si hubiera mostrado más paciencia, sin duda si hubiera tenido más tacto. Y así, las escasísimas anécdotas que excluyen a Marie de los tópicos y de la nebulosidad —incluso en lo que atañe a sus relaciones con sus parientes— tuve que obtenerlas al margen de la familia.

*

El reloj que, en varias fotos, se ve en su muñeca es la mejor demostración de cómo subyugaba Marie a unos y otros. De jovencita, pidió a su padre que le regalara un valioso reloj de oro blanco engastado en diamantes, una joya que mi abuelo materno, modesto agente transitario de aduana en el puerto de Estambul, nunca pudo regalarle a su mujer.

Marie llamaba siempre a su padre con el diminutivo judeoespañol *papiko* (papaíto), lo que muestra el dominio que ejercía sobre un hombre austero, rígido, inflexible sobre numerosos principios. Obligado a alimentar a nueve personas tan sólo con su salario, era además muy tacaño. Así y todo, a sus hijos nunca les faltó nada, y estudiaron siempre en los mejores colegios de Estambul, todos ellos de pago.

Queda el misterio del reloj. Quizá Marie fuese la única que sabía alegrar la vida un tanto mustia de su padre cuando sus hermanos y hermanas le temían demasiado para permitirse el menor capricho en casa. En la familia de Marie todos se querían, pero también debían de aburrirse mucho. Se entienden los celos, nunca confesados, siempre insinuados, de los seis hermanos y hermanas de Marie. Victoire, la hermana más joven, y la última de los siete hijos, nunca ocultó, y todavía lo repite, lo mucho que la hizo padecer tener que llevar siempre los vestidos que Marie ya no quería.

*

Recuerdo de los calcetines blancos altos con elásticos que dejaban dolorosas señales bajo las rodillas. Dondequiera que iba, yo envidiaba a los niños que llevaban calcetines cortos. Marie no soportaba los calcetines cortos más que para ir al parque, o si estábamos en el campo. Cuando los elásticos de fábrica cedían y ya no sujetaban, a falta de poder sustituir los

calcetines altos, había que evitar los horrorosos acordeones que se formaban enrollando la parte superior del calcetín en una goma elástica de tarro de confitura. Más apretado que el elástico original, dejaba un surco violáceo, todavía más profundo y doloroso. Las gomas elásticas escaseaban tanto como los calcetines nuevos y no impedían del todo que éstos se arrugaran. Había que andarse con mucho cuidado para no perder las preciadas gomas elásticas.

Recuerdo a Marie agachándose incansablemente, en la calle, para subirme los calcetines y rectificar el pliegue en torno a la goma elástica. Si había algún banco cercano, tenía que encaramarme en él para facilitarle la tarea. De igual manera, nunca entrábamos en un sitio sin que Marie se hubiera retocado el maquillaje en el espejito de su polvera y me estirara, una última vez, los calcetines.

*

Cuando se casa con Jacques, en 1936, Marie abandona su condición de pequeña reina en casa de sus padres, en Estambul, para adquirir la de pequeña reina en París, en casa de sus suegros, que la han adoptado de inmediato y la adoran. Los tres hermanos de Jacques, solteros en esa época, se han rendido también a los encantos de su cuñada. En las fotos, se los ve tomando del brazo a Marie con ternura, o rodeándole los hombros, como si fuera su hermanita.

Los hermanos Cohen, mientras estaban solteros, siguieron viviendo con sus padres. Annette, la criada que ayuda en las faenas de la casa (véase Mercado), es por entonces la única mujer joven de la familia. El matrimonio Cohen la trata como a una hija y los cuatro hermanos no viajan nunca sin traer un pequeño recuerdo a sus padres y otro para Annette.

En cuanto Marie entra en la familia Cohen, nace una gran complicidad entre Annette y ella. Las dos jóvenes tienen más o menos la misma edad y disfrutaban cocinando juntas. Según cuenta la leyenda familiar, se reían tan alto mientras trajinaban en la cocina que los hermanos Cohen abandonaban uno tras otro a sus padres para ir a averiguar qué ocurría. Hasta el momento en que los padres, al ver que no volvía nadie, se levantaban a su vez para ir a informarse en la cocina.

*

Recuerdo de la época en que Marie ya sólo autorizaba la sillita infantil en una parte del trayecto entre el parque Monceau y el piso del boulevard des Batignolles, cerca de la place Clichy. Yo caminaba junto a la sillita agarrado al montante de acero. Cuando íbamos al parque, y dado que los jardines públicos estaban vedados a los perros y a los judíos, Marie no llevaba la estrella, con lo que se exponía a un control de identidad que nos hubiera llevado derechos a la comisaría, con los peligros subsiguientes. (Los niños sólo estaban obligados a llevar la estrella a partir de los seis años, y yo aún no había cumplido esa edad.)

En el parque Monceau, me daba la impresión de ser invisible, ya que, al contrario de lo que ocurría los días con estrella, podíamos entrar y sentarnos al lado de cualquiera, en cualquier sitio, con total impunidad. Al regresar del parque, yo gimoteaba durante gran parte del trayecto, y arrastraba los pies hasta que ella me autorizaba a subir a la sillita.

*

A todas las edades, y por poco que me aventurase por allí a pie, el trayecto entre el parque Monceau y la place Clichy se me ha antojado siempre una distancia considerable. Y sin embargo es bastante menor que la de muchos itinerarios parisinos a los que estoy habituado. Es como si, en ese barrio donde todos mis recuerdos se remontan a la temprana infancia, la memoria se impusiera siempre a los hechos reales. ¿Es posible que el recuerdo de las piernas pesadas del niño menoscabado por el crecimiento, el de los tobillos anquilosados que le obligan a arrastrar los pies de tanto correr por las avenidas del parque, permanezcan tan nítidos a lo largo de la vida? ¿Puede ser, por poco que la memoria no pierda sus puntos de referencia, que no logremos nunca superar esa fatiga?

*

Al abandonar el parque Monceau, Marie me subía al reborde de la rotonda diseñada por Nicolas Ledoux. Yo caminaba lo más erguido posible, sin agarrarme a la verja, ufano de que Marie consintiese en soltarme la mano.

Nunca he perdido la ocasión de calibrar la altura del reborde cuando paso ante la entrada del parque: apenas más alta que un taburete de cocina. Sin embargo, tan pronto me alejo, resurge la visión que tenía de niño y, con ella, la tentación antigua de agarrarme a la verja.

Si alguna vez atravieso ahora el parque Monceau, todo lo que acabo de ver se difumina con desconcertante rapidez, salvo la falsa ruina antigua y el pequeño lago en el que contemplaba los patos. Sin duda era allí donde solíamos estar Marie y yo. En cualquier caso, es el único lugar del parque donde tendría sentido la idea de sentarme un instante. Sin embargo, nunca lo hago: las escasas veces en que lo he hecho ha sido para comprobar hasta qué punto sigue intacto mi recuerdo. Pero no hay nada que comprobar, menos aún que saber, y la sensación de una soledad estéril me ahuyenta enseguida.

*

En los transbordos, y a la salida del metro, era frecuente ver soldados alemanes apostados a un lado y otro de las escaleras, en lo alto. Así pues, en contrapicado, lo primero que veíamos eran sus botas. Aquella presencia solía ralentizar el flujo de pasajeros. No era difícil deducir (hoy)

que se trataba de un control de identidad. Otras veces, la multitud circulaba casi con normalidad. Sin duda la Gestapo buscaba a alguien cuya filiación conocía. Casi siempre un hombre de paisano tocado con un sombrero de fieltro se erguía en medio de la gente que subía. Cuando éramos de los últimos en abandonar el andén (solía ocurrir cuando habíamos viajado en el último vagón), no era raro que alguien diera media vuelta y echara a correr por los pasillos. Al ver botas, Marie me apretaba la mano. (Ahora sé que los portadores de estrella eran detenidos en sus casas o en la calle, casi siempre con un gran despliegue policial, y nunca por los propios alemanes.) Sin duda Marie quería avisarme de que no había que volverse. En lo alto del tramo, los uniformes tenían algo excitante: venía a ser como rozar la jaula de los leones. Aquellos uniformes tenían un olor específico. Me sigue llegando cuando abro los paquetes de galletas que en Alemania se llaman Knäckebröt.

*

Al igual que los niños sólo llevaban la estrella amarilla desde que cumplían los seis años, la policía francesa sólo entregaba a los alemanes los bebés mayores de seis meses. Tras su arresto, el 14 de julio, Marie fue pues internada en el hospital Rothschild a la espera de que mi hermana Monique (véase ese nombre), que contaba entonces tres meses, tuviera la edad requerida para el viaje hacia Auschwitz vía Drancy.

Bajo la cuádruple custodia de las enfermeras, de la gendarmería francesa apostada a la entrada, de inspectores de policía de paisano y de la Gestapo, las jóvenes madres y sus lactantes, hasta que llegaba el momento de su traslado, se hacinaban en una sala común abarrotada. La promiscuidad, las condiciones higiénicas execrables, la escasez de productos de primera necesidad, el llanto de los lactantes, la parva alimentación, los pañales secándose al pie de las camas, la angustia, la falta de sueño, todo eso convertía la detención en una pesadilla.

*

Uno de mis tíos maternos, con una audacia que hasta entonces se le desconocía, estudió todas las maneras posibles de sacar a Marie y a Monique del hospital-cárcel, incluido entrar de noche por una puerta de servicio tras sobornar a una enfermera. Las posibilidades de éxito eran nulas. A mi tío se le ocurrió reclutar a un granuja en Pigalle: tendría más sangre fría y sabría sacar mejor partido de los fallos de la vigilancia.

Se citó en un bar con un hombre que aceptaba la misión. Se comprometía a salir con Marie cogida del brazo, al acabar la hora de visita. Exigía cobrar por adelantado y pedía que procuraran a Marie un atuendo de calle que ella debía ocultar bajo su colchón. Iría a cambiarse a los servicios cuando él se lo pidiera. El hombre, por su parte, llevaría un frasco de cloroformo, algodón y una bolsa donde ocultar a la criatura bajo unos paños. Marie no tendría más que tomar a

ese hombre del brazo y mirar al frente al pasar por los controles. La documentación del desconocido estaba en regla. Podía exhibirla sin temor. Una vez en la acera, consideraría concluida su misión y desaparecería.

A la hora acordada, el hombre estaba al pie de la cama. Con los nervios a flor de piel, muerta de angustia al pensar en Jacques, que había sido detenido al mismo tiempo que ella y había abandonado Drancy el 2 de septiembre camino de Auschwitz (se hablaba por entonces de «deportación hacia el Este»), Marie se asustó. Temía también represalias contra mí, pues yo había escapado de la redada del 14 de agosto y formaba parte de las «personas buscadas». Sentada al borde de la cama, permaneció postrada, llorosa, incapaz de hacer acopio de la energía que el momento requería. El hombre contratado en Pigalle tuvo que renunciar y devolvió el dinero a mi tío, que lo esperaba en la esquina de la calle. El desconocido se mostraba dispuesto a intentarlo otra vez si lograban hacer entrar en razón a Marie. No volvió a presentarse la ocasión.

*

Respecto a la incapacidad de Marie de tomar una decisión aquel día, una prima suya posee mucho más que una hipótesis, casi una certeza. Era un poco mayor que yo, y había visitado con su madre a Marie los días previos a la tentativa infructuosa del hombre de Pigalle. Marie contó que, al parecer, una vecina de cama había comprendido, por pequeños detalles, que se gestaba la evasión. La vecina declaró incluso que había tenido una pesadilla. En su sueño, la Gestapo tomaba represalias tras consumarse la huida. Así pues, la vecina de cama vigilaba a Marie, que se sabía observada. Tal vez también las enfermeras estuvieran al tanto. Las madres jóvenes sabían muy bien lo que entrañaba la palabra «represalias» cuando se aplicaba a los padres y a los hijos. En el hospital existían antecedentes de evasiones exitosas.

*

Estoy sentado en la cama de Marie, en el hospital Rothschild. Ella llora y me besa, tras lo cual enjuga las lágrimas que corren por mis mejillas con su pañuelo. El pañuelo ya no es más que una bolita de tela húmeda a la que ella da vueltas y más vueltas entre las manos. Apenas me ha restregado, yo me paso el antebrazo por la cara para secarme del todo. Por eso temo los besos de Marie. Además, la veo fea. En pocos días, el pelo se le ha vuelto gris. En medio de la cabeza tiene un gran mechón completamente blanco. Se queja de que, cuando se peina, se le quedan mechones enteros entre las manos. Marie y mi tío me explican que en el hospital le cuidan el pelo, que volverá a casa cuando esté curada. Cuando mi tío quiere besarla, Marie lo rechaza y oculta la cara tras las manos. Cuanto más quiere besarla, más llora Marie. A veces hago reír a Marie sin saber por qué y, de inmediato, se oculta la cara entre las manos. No entiendo por qué no la hace feliz vernos. En la sala, muchas mujeres lloran como Marie. Hace mucho calor. El

olor a orina te irrita la garganta. Todo el mundo alza la voz para hacerse oír sobre los gritos de los lactantes. Los visitantes se apretujan en el exiguo paso que separa las camas. A veces, personas que han venido a ver a una vecina piden sentarse en la cama de Marie. No me gusta ver a extraños sentados en su cama. Marie tiene miedo de la enfermera jefe. Nos lanza una advertencia cada vez que ésta aparece por la sala. La enfermera jefe tiene un pecho opulento y galones en la cofia blanca. Apostada en la entrada de la sala común, anuncia el final de la visita dando palmadas.

*

No se sabe cómo el tío Joseph (véase ese nombre), internado en Drancy desde el 14 de agosto, llegó a enterarse de que mis tíos, tras haber escapado de las redadas, se exponían tanto llevándome a ver a Marie al hospital Rothschild. De lo que no cabe duda, en cualquier caso, es de que en ese campo él había conocido a hombres y mujeres (obviamente también a niños) que habían sido detenidos a la salida del hospital.

Sopesando el carácter suicida de tales visitas, Joseph instó a Marie a que pusiera fin a aquello de inmediato. «Debes comprender el peligro que corren todos los que acuden a verte», le escribe en un mensaje garrapateado con un tosco lápiz, el 1 de septiembre de 1943, la víspera de su propia marcha a Auschwitz. Joseph consiguió hacerle llegar esa nota a Marie dirigiéndola a un tío materno, y sin duda a casa de un vecino. En torno al campo de Drancy, hombres y mujeres de buena voluntad recogían los mensajes arrojados por encima de las alambradas, los metían en un sobre, volvían a copiar las señas, pegaban un sello y los enviaban.

Joseph agrega en su carta: «Esto afecta lo mismo a nuestro primito que a sus tíos». Dado que el mensaje puede ser interceptado, Joseph no quiere exponerse a escribir mi nombre de pila, ni siquiera las palabras «hijo» o «sobrino». «Primo» le parece más vago, y sabe que Marie lo entenderá. Jacques, que está al lado de Joseph en Drancy cuando éste redacta esa carta conminatoria, añade una posdata a su mujer. En ella exige también a Marie, pese a todo lo que eso significa, «el sacrificio de las visitas».

Unos policías de paisano efectuaban los arrestos al final de la hora de visita, en las calles adyacentes al hospital Rothschild, sin duda siguiendo denuncias de enfermeras. Detenían también a los visitantes en las cercanías de la estación de metro Picpus, la más cercana al hospital. Seguramente por ese motivo mis tíos y yo íbamos y volvíamos siempre por la estación de Bel-Air.

Marie y mis tíos se tomaron muy en serio la advertencia de Joseph. Pero resultaba igualmente inconcebible romper todo vínculo con ella. Ya que no podíamos verla en la sala común, nos limitamos, a partir de entonces, a hacerle señas desde la acera mientras ella permanecía de pie tras una ventana de la sala común. El mensaje de Joseph tuvo otro efecto inmediato: aterrada, Marie exigió a mis tíos que me cortaran el pelo lo antes posible. Como me habían visto con

frecuencia en la sala común, ella creía que así resultaría menos reconocible en la calle. De modo que me llevaron al peluquero y le hicieron llegar un mechón de mi cabello largo a Marie.

*

Mi tío y yo estamos plantados en la acera que queda enfrente del hospital y agitamos la mano en dirección a Marie. Ella está de pie tras una ventana cerrada, la segunda ventana desde la izquierda, en la segunda planta. Mi tío articula palabras sin pronunciarlas, pero a ratos se le escapan en voz baja. Yo muevo también los labios fingiendo decir algo, porque es lo que se espera de mí, pero no se me ocurre nada. Mi tío hace gestos, el de comer o el de dormir, por ejemplo. Marie mueve los labios y contesta con otros gestos. Esos gestos no van dirigidos a mí. Marie tiene siempre consigo su pañuelo húmedo hecho una bola y no deja de restregarse la nariz y las mejillas. De cuando en cuando, mi tío me pide que agite también la mano. No entiendo por qué a Marie la aflige tanto vernos. Pienso que está así porque no se le cura el pelo. Vamos siempre con una bolsa de papel que contiene algo de comida. En la acera, mi tío aborda a desconocidos a la hora de la visita. Al poco, Marie agita el paquetito ante la ventana de la sala común para mostrarnos que se lo han entregado.

*

En la sala común, habría sido ilusorio querer leer para entretenerse. Qué respuestas iban a aportarles los libros a unas mujeres arrancadas de sus maridos, de sus familias, y minadas por la angustia. Marie, como el resto de las detenidas, pasaba la mayor parte del tiempo cuidando de su niña (véase Monique), cambiándola, lavándole los pañales en los lavabos comunes, alimentándola, durmiéndola.

Una sobrina nieta, cuyo patronímico no tiene nada de judío, había ido a ver a Marie al hospital. Tenía trece años y llevaba un jersey tricotado por Marie dos o tres años antes. Marie observó que el jersey se había quedado ya muy corto para una niña en pleno crecimiento. No había utilizado toda la lana e insistió en que se la trajeran, así como dos agujas de tejer. De inmediato se impuso la tarea de alargar las mangas y los costados.

—Durante años conservé ese pequeño jersey de color óxido como una reliquia —explica la sobrina nieta—. Todavía hoy me pregunto a veces qué habrá sido de él.

*

El 16 de diciembre de 1943, Marie escribe a su hermano Emmanuel y a su cuñada Lily desde Drancy, adonde la han trasladado días antes. Acaban de comunicarle que formará parte, con su hija Monique, del convoy que abandonará el campo al día siguiente hacia «no sé dónde». En

Drancy, Marie ha adquirido una certeza: cualquiera que sea su destino, es un destino del que no se vuelve. Escribe, pues, «desgraciadamente por última vez»: son sus palabras. La carta está escrita a lápiz en un papel cuadriculado arrancado de un cuaderno escolar. Aparece fechada el «jueves por la mañana». Por prudencia, la dirección indicada bajo la firma es la de Henriette, una hermana de su cuñada Lily. Henriette no señala ningún patronímico judío. La carta no pone por tanto a nadie en peligro. Como muchos otros, ese mensaje será arrojado por encima de las alambradas del campo y franqueado por un desconocido.

Conservada en el billetero de mi tío durante años, aquella carta se leyó tantas veces que los dobleces dividieron la hoja en cuatro rectángulos. Retazos de frases desaparecieron, o resultan ilegibles. Al mismo tiempo, las lágrimas borraron algunas palabras y, en algunos sitios, las cuadrículas del papel. Deduzco de eso que Marie se vio obligada a reescribir algunos pasajes. En esos lugares, el papel es más blanco, los trazos de grafito son más pálidos y la caligrafía, más fina. Experimenté con un papel cuadriculado: cualquiera que sea su calidad, basta humedecerlo con un dedo impregnado en saliva para comprobar que el cuadriculado desaparece. Constaté también que, en un papel húmedo, los trazos del grafito son forzosamente más finos y más desvaídos, por bien que esté la mina.

En esa última carta, Marie habla sobre todo de Monique y de su hijo, del que se pregunta si «volverá a ver alguna vez a sus padres». No quiere inquietar demasiado a los destinatarios y concluye por tanto con un signo de interrogación. Llegado el momento de concluir, es la palabra «adiós» la que le acude a la mente. Etimológicamente, es la única adecuada, y Marie no se ve con fuerzas para buscar un sinónimo, o una fórmula, con los que engañar. Junto a su propia firma, ha firmado también por su hija Monique. Ésta tiene entonces siete meses y dos días. El nombre de Monique aparece caligrafiado en caracteres más pequeños y la rúbrica ocupa apenas la tercera parte de la de Marie.

*

El 23 de mayo de 1996, tras decidir, pese a no pocas reticencias, asistir a un acto en que se descubriría una placa en memoria de las madres jóvenes y sus lactantes internados en el hospital Rothschild, salí de mi casa con mucha antelación. Quería poner a prueba mis recuerdos de infancia y no consulté ningún plano. Sólo había vuelto al hospital dos o tres veces desde niño, y siempre en coche. Conozco mal el barrio, de modo que tenía muchas probabilidades de pasarme largo rato deambulando.

Di con el hospital con una facilidad desconcertante, tomando sin dudarle la salida correcta de la estación de metro Bel-Air, antes de doblar inmediatamente a la derecha. El hospital no aparece señalado en ningún letrero, pero el recuerdo de la vía del metro aéreo, que hay que recorrer antes de tomar una calle por la esquina derecha, era un punto de referencia muy seguro. ¿Cuántas veces había hecho ese trayecto con mis tíos? Me veo incapaz de saberlo, pero fueron suficientes. A no

ser que el azar, ese día, hiciera muy bien las cosas. En cualquier caso, llegué bastante antes de la hora prevista para el comienzo de la ceremonia, y me rondaba un verso del poeta George Oppen: «Envejecer, qué extraña aventura para un niño».

Minutos antes del inicio de la ceremonia, se produjo un acontecimiento que yo no había previsto. En la segunda planta, dos enfermeras abrieron de par en par la ventana tras la que se ponía Marie. El que esa ventana hubiese permanecido tanto tiempo cerrada en mi recuerdo y que pudiera abrirse con semejante facilidad no fue sólo un seísmo: el raspar de los dos batientes en el marco, el chirrido de la falleba, totalmente perceptibles desde la acera donde me hallaba, me parecieron sacrílegos. Y con respecto a la distancia considerable de la que yo guardaba recuerdo, la veía a tal punto anulada que hubiera podido dirigirme a las enfermeras sin tener que alzar la voz. Durante unas fracciones de segundo, quedó claro que las dos jóvenes plantadas en el marco para oír el discurso no tenían derecho a estar allí. No tenían derecho a ser tan jóvenes, tan desenvueltas, tan inocentes. Me invadió una breve bocanada de violencia.

Pasado el impacto, comprendí que la presencia de las enfermeras despejaba un detalle que había permanecido nebuloso en mi recuerdo: más que la anchura de la calle, era el ruido de la sala común y la voluntad de no querer llamar la atención lo que imponía a Marie no hablar más que por gestos, limitándose a mover los labios tras la ventana. De no ser por eso, habría tenido que vociferar. Bastante habíamos padecido la barahúnda de aquella sala, mis tíos y yo, como para saber contra qué luchaba Marie. El profundo silencio del hospital apenas abrirse la ventana, y en vez de los plañidos de los bebés, me quebrantó tan vivamente como la aparición de las enfermeras; me parecía tan contra natura porque confirmaba, con más de cincuenta años de retraso, la ausencia de las jóvenes madres y de sus bebés. ¿Es eso lo que se quiere expresar cuando se habla de «un silencio ensordecedor»? Sin embargo, nada nos advierte tanto de la proximidad de un abismo como la ausencia de ruido.

Habían instalado un micrófono al pie del edificio de ladrillo rosa, tras la verja del hospital, casi bajo la ventana donde se ponía Marie. Para llegar a la sala común, teníamos que salvar una segunda verja que daba acceso al edificio propiamente dicho, subir unos escalones bajo un arco de cerámica gris y abrir una primera puerta acristalada que daba al hueco de la escalera. También el micro aquel tenía algo de sacrílego: la ventana no quedaba muy lejos de la cama de Marie (la cuarta a la derecha, en la primera hilera, tras atravesar la puerta acristalada de doble batiente). En ese silencio, Marie no se habría perdido una palabra de los discursos que se disponían a pronunciar en su nombre, mientras que los ruidos de la sala no le habrían dejado la menor posibilidad de hacerse oír. Por otra parte, no quería que la oyeran: eso hubiera equivalido a señalarnos con el dedo en la acera. Por lo tanto, se veía condenada a no poder hablar ni callar. Me parecía, ahora, que las dos enfermeras tampoco tenían ningún derecho a guardar un silencio tan sepulcral, exactamente en el lugar en que habían condenado a callar a Marie.

Las enfermeras permanecían erguidas, la cara seria, la mirada ausente, y pasaban los minutos sin que yo saliera de mi estupefacción. Los motivos eran demasiado numerosos y complejos como

para que yo pretendiese dilucidarlos, pero comprendí que la edad de las dos jóvenes no era ajena a eso: aún no habían nacido cuando Marie estaba en el mismo lugar que ellas. Íbamos a evocar, pues, acontecimientos que se situaban a años luz cuando, para mí, todo parecía haber sucedido la víspera. Sin embargo, el niño que miraba hacia aquella ventana agitando la mano tenía veinticinco o treinta años menos que las enfermeras, y yo recordaba que, desde mi perspectiva, se trataba de unas señoras muy viejas. Si bien no llevaban ya la cofia blanca, con galones o sin ellos, las actuales se asemejaban extrañamente a sus colegas, las que tanto aterrorizaban a las jóvenes madres. Tenían el mismo modo de hundir las manos en los bolsillos de su uniforme, el mismo aplomo característico del personal médico y, aparentemente, la misma frialdad frente al dolor de los demás. Pese a su recogimiento, su leve aire de desapego parecía significar algo así como «el pasado es el pasado». Cosa que yo hubiera querido enmendar así: no existen esas fronteras que imagináis con el pasado, y las enfermeras, aquí mismo, no han dejado nunca de ser enfermeras.

Un hombre leyó un curioso poema escrito para la circunstancia. Comenzaba así: «Oye, mamá, ¿cómo se reproducen las clementinas que no tienen pepitas?». El gran rabino pronunció un kadish. Haces de banderas tricolores ornaban la fachada. Las banderas, los ramos de flores, las cintas de asociaciones, el misterio de las clementinas sin pepitas, el pequeño paño negro ocultando la placa y los responsos parecían satisfacer a todo el mundo. Se sucedían los oradores. Su entonación se me antojaba extraña: alzaban el tono para formular verdades que los asistentes conocían de sobra. Que éstos fueran tan numerosos era buena prueba de ello. Los discursos no carecían de sentido. Incluso resultaban pertinentes. Sencillamente, las consideraciones generales sobre la Historia, sobre la Humanidad, sobre el Crimen eran tan serias que a nadie se le habría ocurrido evocar la soledad de una joven madre con su bebé en brazos, una mujer que perdía el pelo y que tras un cristal, articulando palabras que no osaba pronunciar, se mostraba día tras día un poco más abandonada, un poco más fea, un poco más angustiada y sin nada a lo que recurrir. Que el lenguaje algo tiene que ver con la pérdida y el duelo lo sabía yo desde niño: en los trenes, bastaba un muro surgido de improviso, una curva de la vía, para que hubiera que hablar en pasado. No obstante, incluso unas décimas de segundo antes, frente a las evidencias, el mismo presente de indicativo resultaba superfluo. Así pues, frente a su micro, el orador hablaba en pasado, pero como si el pasado no se conjugara nunca en presente. Eso también parecía de lo más anacrónico.

Mis cavilaciones, una vez más, no pasaban de ser trilladas, era consciente de ello. Tanto daba: había elegido ese sitio en la acera, al otro lado de la calle y frente a la ventana donde se ponía Marie, sin ni siquiera pensarlo, como hacíamos entonces mis tíos y yo. El público que asistía al acto, por el contrario (unas doscientas personas), se había apiñado lo más cerca posible del pequeño estrado y del micro. La gente había venido a escuchar palabras. ¿A qué iban a venir, si no? Pero esas palabras parecían tanto más alejadas de las realidades cuanto que eran espetadas con voz más firme y parecían responder mejor a la espera. El hecho de que no se pudiera replicar no cambiaba nada, muy al contrario: los zurcidos de una prenda, por hábiles que sean, son más patentes cuanto más quiere uno disimular los agujeros.

A unos metros, e invisible entre la multitud, una mujer no pudo contener un sollozo. ¿Una hermana, una hija, una prima? Bajo la avalancha de palabras, sus lágrimas no contaban con la menor posibilidad de silenciar al orador, siquiera un segundo, ni por simple consideración, como cuando por respeto uno se aparta ante una puerta para dejar pasar a una persona. Me avergonzaba que mi silencio fuera indisociable del de la multitud. Si no recuerdo mal, el orador llegó a alzar el tono para cubrir los llantos. Hablaba de «deber» y de «memoria», pero las décadas transcurridas parecían más bien haberle conferido derechos y éstos, por muchos motivos, eran exorbitantes. Para quienes recuerdan, la memoria no responde ni al deber ni a una fraternidad póstuma. Toda exhortación a volverse hacia el pasado no parece solamente risible: resulta casi insultante. Entre la multitud, la desconocida se veía instada a reprimirse mientras parecía cargar con todo el peso en sus hombros. ¿Cómo no tener la sensación, injusta, por supuesto, de que aquella mujer estaba de más, de que su lugar ya no era aquél, de que, en medio de la multitud, sus lágrimas no eran ya procedentes?

Ante la fachada de ladrillo rosa, sin duda la desconocida revivía —y tal vez fuera la única— toda la angustia que suscitaba, tan pronto como se vislumbraba, la doble verja del hospital. En la escalera que conducía a la sala común, las visitas se apresuraban por aquel entonces en silencio. La felicidad de volver a ver a un ser querido, como la que se experimenta en cualquier otro hospital, y cualquiera que sea la gravedad de la enfermedad, no tenía sentido en el Rothschild. Por el contrario, cuanto más se aproximaban las visitas a la sala común, mayor era el nudo que se les hacía en el estómago y mayor era su agitación. Esa angustia y agitación eran tan pegadizas que hasta un niño las sentía: ¿cómo estar seguros de que la mujer y el bebé a quienes se había visto la víspera seguirían allí? A menudo la cama había cambiado de ocupante esa misma mañana. Las vecinas se las veían y se las deseaban para dar razón de adónde habían trasladado a la madre o a la criatura. Las enfermeras tenían orden de callar y a la enfermera jefe no había modo de encontrarla. A la hora de las visitas los gritos eran frecuentes en la sala común. Esa angustia de toparse con una desconocida guarda ya poca relación con el pasado, como no se confunde con las palabras para expresarla.

Algunos de los asistentes al acto se mostraron un tanto irritados. Habían ido allí a oír discursos, no los sollozos de una desconocida. Dos mujeres jóvenes aguzaron el oído hacia el orador. Una tercera no tuvo empacho en inclinarse ostentosamente hacia el micro. ¿Acaso no había cruzado París para oír al orador? Estaba en su derecho de que no la importunaran.

*

Los dermatólogos saben muy bien qué mal aquejaba a Marie en el hospital Rothschild. La pérdida súbita de cabello no tiene nada que ver con la alopecia que afecta sobre todo a los hombres. En aquel caso, se trata de una caída del cabello que obedece siempre a un choque emocional y afecta a áreas enteras del cuero cabelludo. Marie tenía razón cuando afirmaba que se le quedaban

mechones enteros entre las manos cuando se peinaba. «Algunas personas pierden una parte importante de cabello en unos días, y aun en una sola noche», explica un exjefe de clínica del hospital Saint-Louis.

En realidad, sólo se caen los cabellos que conservan su pigmento. Por ello, entre los veinticinco y los treinta años es cuando se produce con más frecuencia la alopecia. Marie tenía veintiocho años. Las escasas canas que lucía en el momento de su arresto, el 14 de agosto, eran casi invisibles en la masa de cabello castaño. Nada tiene pues de raro que en el hospital Rothschild me costara tanto reconocerla: en algunas zonas de la cabeza no quedaban más que finos mechones de cabello blanco.

Jacques Cohen

Nacido el 20 de febrero de 1902 en Estambul.

Convoy n.º 59 del 2 de septiembre de 1943.



En Estambul, tanto Marie como Jacques habían estudiado en las escuelas primarias católicas francesas. A la sazón, casi todas las familias judías matriculaban a sus hijos en los centros célebres por la calidad de su enseñanza. Se trataba de los hermanos benedictinos, o los maristas de la Inmaculada Concepción para los alumnos, y las hermanas de Nuestra Señora de Sión para las alumnas. Algunos de estos colegios contaban con hasta un ochenta por ciento de niños judíos, y hacía mucho tiempo que los religiosos habían renunciado a su vocación inicial, que era la conversión. En estas instituciones no se impartían clases ni durante las fiestas cristianas ni durante las judías o musulmanas. Me explicaba uno de mis tíos que los alumnos se entretenían contando una y otra vez los días de fiesta para saber qué confesión aportaba más vacaciones que las otras dos. La pega era que las vacaciones de verano eran muy cortas, y las jornadas, muy largas.

Después de la escuela primaria, los alumnos podían elegir entre el liceo francés de Galatasaray, adonde fueron mi padre y mis tíos, y las escuelas de la Alianza Israelita Universal, judías pero laicas, que impartían una enseñanza general que llevaba aparejada una instrucción profesional de alto nivel. También allí las clases se daban en francés. Si al turco y al francés se les agrega el español, que los sefarditas no dejaron de hablar desde su expulsión de España en 1492, Jacques y Marie eran totalmente trilingües. Como muchos judíos de Estambul, hablaban por añadidura suficiente griego y armenio como para hacerse entender.

*

Tuve que oír retazos de las tragedias de Racine en boca de mis tíos para comprender la querencia que tenía Jacques por las terrazas de las cervecerías parisinas, como me contaron cientos de veces. Mientras no se lo impidió la estrella amarilla, nada suplantó a sus ojos el placer de sentarse un rato, solo o con Marie, en los Grandes Bulevares o en los Campos Elíseos, y ver pasar a la gente. Parisino, casado, padre de familia, le daba la impresión de haber triunfado en la vida. Cuando me detengo a pensar en el francés correctísimo que hablaban sus hermanos, mis tías y mis abuelos maternos, alumnos todos ellos de los mismos colegios, me doy cuenta de lo difícil que habría sido deducir de dónde era oriundo Jacques: a lo sumo se percibiría su tono cantarín, similar al del turco, al pronunciar determinadas consonantes. Ese ligero acento (que debía de haberse atenuado tras vivir dieciocho años en la capital) despista siempre a los parisinos: creen detectar un ápice de acento perpiñanés o bordelés.

Jacques había cumplido sus obligaciones militares en Turquía. Entregado a la felicidad de vivir en París, olvidó que había perdido su ciudadanía turca sin haber obtenido por ello la francesa. Al igual que Marie, había pasado a ser apátrida: una presa perfecta en tiempos de redadas.

*

Para calibrar el apego de los judíos de Turquía a Francia (así fue durante todo el antiguo Imperio otomano), cabe hacer una observación suplementaria: Francia, para ellos, no era tan sólo el país de Racine, el de las Luces y la Revolución de 1789, que concedió por vez primera en Europa los derechos cívicos a los judíos. Paradójicamente, era también la Francia del caso Dreyfus.

«Un oscuro capitán judío es acusado de espionaje», se comentaba a orillas del Bósforo. «Nadie sabe si es culpable, ¡y Francia se halla al borde de la guerra civil! En casi todo el resto del mundo, al capitán lo habrían fusilado tras un somero juicio, o sin juicio alguno, y nadie habría oído hablar de él.»

Contaba mi abuela materna que, de adolescente, en el barrio de Estambul donde ella había nacido, bordaba cojines con la efigie de Dreyfus y de Zola. Cuando comencé primero de bachillerato, mi abuela disfrutaba maliciosamente demostrándome que conocía las *Fábulas* de La Fontaine bastante mejor que yo. Así era.

*

En 1939, poco antes de la declaración de guerra, Jacques se presenta, acompañado de un hermano de Marie, en el cuartel de Reuilly. Ambos quieren alistarse, como lo ha hecho ya el más joven de los hermanos Cohen, que acaba de ser movilizado y enviado a Angulema. Si no los aceptan en un regimiento regular, por ser apátridas, están dispuestos a incorporarse a la Legión Extranjera. Les contestan que el ejército francés no necesita judíos. Aquel día, el exalumno del liceo francés de Galatasaray tiene que decidirse a mirar a la cara una Francia a la que sus profesores se habían guardado muy mucho de aludir.

Existe un relato de Vercors titulado *La marche à l'étoile*. Cuenta la odisea de un judío de Moravia que, como Jacques, decidió establecerse en París por amor a Francia. Tanto para el uno como para el otro, París no era solamente la Ciudad de la Luz, sino también la urbe más inteligente del mundo. ¿Acaso no discurre el Sena entre dos hileras de libros? En 1940, la Gendarmería francesa entrega al protagonista de Vercors a los alemanes. Tres años después, la policía francesa les entrega a Jacques Cohen. El libro de Vercors se abre con esta frase: «El amor, las más de las veces, se apaga con un final sórdido».

*

Por la noche, ante la mesita redonda de alas abatibles del comedor, en el boulevard des Batignolles (la tercera ala, pegada a la pared, no se utilizaba nunca), y antes de tragar del todo la primera cucharada de sopa, Jacques decretaba: «Está buena, pero muy caliente». No recuerdo ninguna otra frase de Jacques, ninguna otra frase familiar, y nunca he entendido por qué se me ha quedado tan grabada ésa en la memoria. Es impensable que un niño de cinco años haya podido ver ahí la menor contradicción: si estaba demasiado caliente, hasta el punto de no poder tragar, ¿cómo podía afirmar Jacques que estaba buena?

Se me ocurre ahora que lo que intentaba era tranquilizar cuanto antes a Marie. En una época de restricciones, ella hacía lo que podía, y con lo que a duras penas había conseguido procurarse. Ese juicio apresurado, noche tras noche, acaso fuera la única manera de no darle a entender que su sopa era horrible.

*

Durante la guerra, como no podía regalarme juguetes, Jacques me confeccionó un perrito con un retal de hule amarillo. Relleno de crin, el perrito cabría en un paquete de cigarrillos. La costura evoca los puntos de sutura de los cirujanos. El hilo negro sirve también para dibujar los ojos. Me han contado muchas veces que yo les regalé ese perro a unas primas hermanas poco antes de que marcharan a Italia, donde sus padres tuvieron la excelente idea de refugiarse en un pueblo, cerca del lago de Como. Era a finales de 1941, o principios de 1942, antes de que empezaran las grandes redadas parisinas. Yo tenía cuatro o cinco años y no conservo ningún recuerdo de ese obsequio.

Durante los años de guerra, mis primas cuidaron primorosamente del perrito, pensando que no volverían a verme. Me lo restituyeron hará unos veinte años. Tengo el perrito amarillo ante los ojos mientras escribo estas líneas. A falta de recuerdos, ese juguete me ha informado de muchas cosas sobre Jacques, y en primer lugar sobre su habilidad manual, nada corriente. Un hombre cuyo padre despliega tanta meticulosidad, ingenio y paciencia para regalar, a despecho de todo, un juguete a su hijo sabe que tiene en las manos la clara muestra de un inmenso cariño.

El perro amarillo me trae a la memoria una pequeña siderita adquirida en una tienda de minerales parisina: el certificado de autenticidad da fe de que el meteorito es contemporáneo del sistema solar. Si se piensa que los océanos, las selvas, los polos, los desiertos y los macizos montañosos constituyen más del ochenta por ciento de la superficie terrestre, existían tan escasas probabilidades de descubrir la siderita como de ver sobrevivir al perrito amarillo a los desastres.

*

Dondequiera que se encontrara, y hiciera lo que hiciese, unos crujidos del parque señalaban la

presencia de Jacques en el piso del boulevard des Batignolles. Y eso que su estatura y su corpulencia eran de lo más normales. En la estancia contigua, una nota estridente, similar al chillido de un animalito, informaba de todos sus movimientos.

En mi recuerdo, nada, por el contrario, anunciaba nunca los desplazamientos de Marie. Cuando no estaba Jacques, si llevaba tacones se desplazaba deslizando los pies para evitar el golpeteo en el parqué. Igualmente, se llevaba el índice a los labios, o lo llevaba a los míos, para imponerme silencio al menor ruido en la caja de la escalera. Ella acreditaba así una doble idea: algo grave podía ocurrir en ausencia de Jacques, pero más grave aún era que Jacques pudiera ignorarlo. Muy sencillo: cuando Jacques no estaba en casa, hacíamos todo lo posible para que pareciera que tampoco nosotros estábamos.

*

Hay una fotografía de Jacques tocando el violín. La foto lleva el sello del estudio «P. Delbo, Rue Vavin, 9, París» y data, presumiblemente, de comienzos o mediados de la década de 1930. Joven inmigrante, Jacques depositó su maleta y su estuche de violín en Montparnasse en 1925. No recuerdo haber oído a Jacques tocar el violín, ni siquiera haber visto su instrumento, pero, en la foto, la posición de la mano en las cuerdas, dedos ligeramente abiertos, el meñique sobre la cantarela (la cuerda más aguda), muy cerca del puente, la postura del arco, el movimiento de la muñeca, no son los de un principiante. Además, basta una lupa para descubrir que el mástil y la tabla armónica muestran abundantes huellas de colofonia: por lo tanto, ese violín se ha utilizado, y durante mucho tiempo, antes de llegar al estudio de fotografía de la rue Vavin.

A los diez u once años, yo también exigí aprender a tocar el violín. El instrumento de estudio que habíamos comprado por recomendación de la señorita Gaston, quien daba clases en la rue Brochant, cerca del square des Batignolles, acababa apenas de ser afinado cuando ella declaró solemnemente: «Tendrás que amar mucho tu instrumento si quieres que algún día te ame él también». Esa frase se me quedó muy grabada, pues me parecía disparatado pretender que un violín pudiera albergar el menor sentimiento. Pero el caso es que nunca cuidé con tanto esmero un objeto, ni con tanta seriedad. No obstante, tuve que abandonar muy pronto el violín.

*

Hace unos meses, una prima hermana mía extrajo de su álbum familiar lo que, a primera vista, parece una segunda copia de la foto de Jacques tocando el violín. Esa foto ostenta también el sello del estudio «P. Delbo». Jacques viste el mismo traje. Detrás de él se reconoce la misma mesita de madera dorada cubierta de mármol blanco. Sin embargo, hay que tener ambas fotos ante los ojos, una al lado de otra, lo cual nunca se había producido, y compararlas con atención, para descubrir que no se trata de la misma toma.

En la segunda foto (la de la izquierda), la expresión de la cara es menos grave. Lupa en mano, se ve dibujarse una leve sonrisa. Jacques muestra una actitud menos suficiente también, y da menos impresión de posar. Tampoco es igual la posición de la mano izquierda en las cuerdas: se activa ahora junto a las clavijas, en los graves. Asimismo, el brazo está más alto, y aprieta el arco en vez de estirarlo.

Por lo tanto, todo lleva a pensar que la leve crispación del rostro que aparece en la primera foto se debe a la estridencia del sonido. En la segunda, el sonido más grave solicita menos el oído. No es de extrañar, pues, que el rostro esté menos relajado. Por sobria que sea la ejecución del violinista, sabemos hasta qué punto le resulta difícil no dejar traslucir lo que se propone expresar, y su ejecución requiere poner en juego el cuerpo entero. En uno u otro grado, los músculos del rostro no pueden disociarse por completo de ese esfuerzo.

De pronto, no se trataba de una simple foto de Jacques, ni siquiera de dos fotos: un violinista tocaba ante mis ojos.

*

No se puede arrancar semejante secreto al pasado y contentarse con aproximaciones, por más que se trate de mi propio padre. Mis dos años de aprendizaje con la señorita Gaston no eran suficientes para zanjar la cuestión con autoridad. Necesitaba la opinión de un profesional. En definitiva, ¿Jacques hacía chirriar su violín en fiestas y bodas, en los merenderos a orillas del Bósforo, antes de inmigrar a París? ¿O era capaz de abordar el repertorio clásico? ¿Cuál era su nivel?

Dos músicos suizos, Jean Auberson, intérprete de violín y viola, y su hermana Lise, pianista y musicóloga, tuvieron la amabilidad de observar de muy cerca las fotos de Jacques. Esas fotos no pueden decirlo todo. Pero, en cualquier caso, el violín es un instrumento demasiado exigente para que las fotos no revelen nada.

—Su padre tocaba bien, incluso muy bien —zanjó Jean Auberson—. Sí, la primera foto, como ha advertido usted mismo, es un poco estudiada, pero no deja de mostrarnos a un violinista muy ducho.

Para Jean Auberson, la muñeca combada, el codo medianamente alzado, la posición del arco y la postura de la mano son fáciles de identificar:

—Son posiciones específicas de la escuela francobelga —explica—. Esa técnica se extendió por Ucrania y el norte de Europa. Aparece un poco también en Rusia. Es la técnica de Jascha Heifetz, de David Óistray o de Nathan Milstein.

Heifetz nació en Vilnius, Lituania, donde obtuvo su diploma del conservatorio a los siete años. Óistray y Milstein nacieron ambos en Odessa, Ucrania, a orillas del mar Negro, o sea, a las puertas de Estambul. Estudiaron con el mismo profesor. Jean Auberson recuerda además haber

tenido en sus comienzos un profesor originario de Turquía. Adoptaba exactamente las posturas que aparecen en las dos fotos de Jacques.

En cuanto a saber por qué nunca oí tocar a Jacques, la razón me parece ahora meridiana: cuando uno lleva prendida la estrella amarilla, no es muy conveniente llamar la atención de los vecinos o de la portera. Aunque uno toque «bien, incluso muy bien».

*

El día de mi conversación con Jean Auberson, quiso el azar que un primo hermano cenara conmigo y con mi mujer en nuestra casa. Mi primo no había conocido a mi padre e ignoraba que tocara el violín, pero recordó de pronto que tenía un instrumento heredado de su propio padre, David. Este último lo había descubierto entre los trastos de nuestro abuelo paterno (véase Mercado), deportado en 1943, el mismo día que Jacques y nuestro tío Joseph (véase ese nombre). Jacques vivió en casa de sus padres, primero en la rue Delambre y luego en el boulevard de Courcelles, hasta que se casó en 1936. Es el único violinista de la familia. Por no se sabe qué azar, el piso del boulevard de Courcelles no fue saqueado durante la Ocupación. No cabe duda, pues, de que ese violín era el de Jacques. Mi primo y yo calculamos sin dificultad que el instrumento había sobrevivido a siete mudanzas y que no se tocaba desde hacía setenta años.

*

Tengo delante de mí el violín mientras escribo. Aparte del estuche, ha perdido el cordal, la mentonera y el puente. El alma tampoco está en su sitio y se pasea por el cuerpo del instrumento. Al sacudirlo, se oye cómo la piececilla de madera suena como una cerilla en una caja vacía. También el arco se ha perdido. Con la bella pátina rojo oscuro de la tabla armónica y su color amarillo vivo original que reaparece en el lugar de la mentonera, el violín no ha perdido su soberbia planta. Las aberturas acústicas en *f* permiten ver una etiqueta empolvada en la que se lee: «Jacobus Stainer, in Absam prope Oenipontum, 17».

Nacido veintisiete años antes que Stradivarius, Jakob Stainer es el más grande lutier austriaco. La forma de sus violines difiere ligeramente de la del maestro de Cremona, y sus instrumentos fueron los más utilizados durante todo el siglo XVIII. Siguen siendo buscadísimos. Absam es un pueblo próximo a Innsbruck, el antiguo Oenipontum romano. El número «17» da a entender que la fecha debió de ser, o fue, completada a mano, pero no resulta legible. Esa etiqueta, en cualquier caso, es apócrifa y el violín no es más que una copia que data de comienzos del siglo XX. El lutier de la rue de Rome opina no obstante que su factura es excelente y su estado de conservación casi inesperado, exceptuando una pequeña fisura, por lo demás nada grave, en la tabla armónica. En opinión del lutier, ese violín es un excelente instrumento de estudio y merecería sin ningún género de dudas ser restaurado.

*

¿Merece la pena restaurar ese violín cuando uno no lo toca? A todas luces, aquel instrumento fue para Jacques lo máspreciado que tuvo durante toda su juventud. ¿Y cómo no desear oírlo sonar? Pero, suponiendo que el instrumento no haya perdido nada de su sonoridad, ¿qué oiría yo? Desde luego no los sonidos que Jacques extraía de él. ¿Le haría feliz la idea de que alguien tocara su instrumento después de él? Pero ¿qué peso seguía teniendo el recuerdo de sus años de violín en el vagón de ganado que lo conducía a Auschwitz junto con su padre, su madre, su hermano mayor y su tía abuela, tras ser separado de su mujer y su hija, que seguirían el mismo camino, al igual que su hijo? Apenas se atreve uno a formularse una pregunta tan obscena.

Sin embargo, ¿cómo no formulársela al mirar ahora el instrumento? Pese a haberse salvado milagrosamente, el violín tiene ahora el brillo lejano de un pequeño cometa. No hay que olvidar que fue en la rampa de Birkenau cuando Jacques oyó por última vez tocar el violín. La música Esther Béjarano, que formaba parte de la orquesta femenina del campo, recuerda que a los miembros de la orquesta se les obligaba a tocar cada vez que llegaba un convoy de deportados. La música tenía la función de tranquilizar a los hombres y mujeres que bajaban de los vagones y a quienes, a los pocos minutos, iban a empujar hasta la cámara de gas. En aquella fábrica de alto rendimiento que era Birkenau, todo movimiento provocado por el pánico habría sido antiproductivo.

La gran mezzosoprano Hedda Grab-Kernmayr, internada en Theresienstadt de 1942 a 1945, y que fue obligada a cantar en numerosas ocasiones ante un público de SS, respondió a su manera a semejante manipulación de la música. Su actitud no es como para tomársela a la ligera. Pascal Quignard (en *El odio a la música*) recuerda que, después de la liberación del campo por el Ejército Rojo, la cantante tuvo la suerte de poder emigrar a Estados Unidos. Desde entonces, y pese a las numerosas ofertas que recibió, se negó obstinadamente a cantar. Con la misma constancia, no quería siquiera oír hablar de música en su entorno. No sólo había muerto para la música: la música, cuando una regresaba de semejantes parajes, parecía haber perdido todo su sentido.

*

En la posdata que Jacques agrega a la carta de Joseph (véase Maria) escrita desde Drancy el 1 de septiembre de 1943, la víspera de su marcha a Auschwitz, Jacques llama a Marie *Pupika* (muñequita en judeoespañol). Es el nombre más cariñoso que un sefardita puede utilizar para dirigirse a su mujer, o a su hija. El diminutivo en *ika*, vigente en el siglo XV, se perdió a favor del *ita* en español contemporáneo. Al estudiarse actualmente el judeoespañol como una lengua muerta, tras desaparecer en los campos la casi totalidad de las comunidades sefarditas de Grecia y de los

Balcanes, la ternura de este diminutivo, contemporáneo de Isabel la Católica, suena como una campana cada vez más tenue, cada vez más lejana, también cada vez menos identificable.

*

Jacques vestía un traje de tres piezas de finas rayas grises. De lejos, las rayas formaban un trazo casi vertical. De muy cerca, yo distinguía el zigzag del hilo gris en la trama. Sentado en las rodillas de Jacques, no me cansaba de comprobar dicha contradicción: adelantando o retrocediendo el busto, en un balancín, mientras él me sujetaba con las manos, yo veía tan pronto la línea recta como la línea quebrada.

*

Necesité decenios, y numerosos azares, para encontrar el agua de colonia que utilizaba Jacques. Nada adicto a los perfumes para hombre, bajo la forma que fuera, me desprendí durante mucho tiempo de las colonias que me regalaban vaciando poco a poco los frascos en el lavabo: no quería ofender a la persona que utilizara mi cuarto de baño tras habérmela regalado.

Un día, entro en una perfumería. Efectuada mi compra, y mientras la dependienta me la envuelve, como buena comerciante me alarga una colonia para hombre y me propone tres o cuatro perfumes más. Escojo muy deprisa, sin titubeos, pero respondiendo a un requerimiento absurdo, pues nunca he utilizado ningún perfume. Sin embargo, todo me seduce en la elección que acabo de realizar, incluida la forma vetusta del frasco, el color de la etiqueta y del tapón. En los días posteriores, el pequeño placer se me antoja más y más justificado cada vez que entro en el cuarto de baño.

Transcurren varios años. Un día, en casa, una tía política sale del cuarto de baño:

—¡Anda, tú también utilizas esa colonia!

—¿Por qué dices que yo «también»?

—Porque es la colonia que usaba tu padre. Y todos los hermanos de tu padre también la utilizaban.

*

Transcurren unos años más. Para el octogésimo cumpleaños de un hermano de Jacques, le regalo un frasco de esa colonia, convencido de hacerle cuando menos un regalo útil. En realidad, hacía tiempo que mi tío había dejado de utilizarla, me contó mi tía. Utilizaba colonias de aseo, o de después de afeitarse, que le regalaban sus cuatro hijas, sin conceder especial atención a una u otra marca. Por lo tanto, la colonia que yo iba a regalarle era la que utilizaba en su juventud, cuando conoció a su futura esposa. Ella estaba muy segura. No podía equivocarse.

Cuando abrió el paquete, mi tío pareció haber olvidado incluso la existencia de aquella colonia. Me dio las gracias sin hacer el menor comentario. A riesgo de parecer grosero, intenté arrancarle algunas palabras. Quería ver confirmado, por segunda vez, que aquélla era la colonia que utilizaba mi padre. Creía tener derecho a esa aclaración. No le saqué nada, pero unas semanas después, mi tía me hizo esta confidencia por teléfono:

—Tu tío está encantado con la colonia. Le has dado una inmensa alegría. Ha dicho que no quería utilizar otra cosa.

*

El recuerdo de un inmenso terror al descubrir un día a Jacques sin sus gafas. Corría a mi encuentro y se disponía a abrazarme. Yo estaba esperando que apareciera, pero el que se arrojaba sobre mí era un desconocido. Todavía ahora me cuesta reconocer a Jacques en la única foto en que no lleva gafas. Si acabo identificándolo gracias a pequeños detalles es porque él escribió el nombre y la fecha en el dorso de la foto. Tengo otras fotos en las que, presumiblemente, Jacques posa sin gafas, en medio de un grupo: soy incapaz de identificarlo de manera concluyente.

Un familiar me ha hecho notar que durante mucho tiempo llevé unas gafas que se parecían de modo sorprendente a las de Jacques. Esa persona, que conoce bien mis fotos de familia, se apresura a añadir que sólo renuncié a aquella montura para elegir otra que resulta ser la réplica exacta de las que se ven en las últimas fotos de mi tío Joseph (véase ese nombre). Debo reconocer que siempre he dudado entre esas dos monturas. Tuve que decidirme forzado por las circunstancias, y sin dejar de echar de menos la más antigua.

*

Contable en una empresa comercial de Estambul, violinista en sus horas perdidas, Jacques, joven trabajador inmigrado, rehace su vida en París y, a falta de algo mejor, comienza a vender medias, calcetines y corbatas en plena calle, cerca de la Ópera. Más adelante, se instala en la salida de emergencia del cine Scala, en los Grandes Bulevares, con un letrero que reza «Jack». Numerosos cines alquilaban sus salidas de emergencia siempre que no las obstruyera ningún mostrador permanente. Asimismo, las salidas debían permanecer abiertas de par en par. Una foto muestra a Jacques junto a un panel desmontable que anuncia: «Sus medias, sus calcetines desafían todo tipo de competencia». Medias y calcetines cuelgan de un cordel. Un cartel anuncia al actor Georges Colin en *Mon homme*. Jacques acaba instalándose, poco antes de la guerra, en una tiendecita de la rue de Clichy donde vende esos mismos artículos. No tardan en expulsarlo las primeras leyes antisemitas.

A mediados de los años cincuenta, quise volver a ver aquella tienda. El nuevo ocupante lo

había dejado todo igual y vendía los mismos artículos. Allí recuperé hasta mis más pequeños recuerdos, incluido el olor a naftalina. Las polillas atacaban indistintamente los calcetines de lana y de fibra. Con todo, hice un descubrimiento sobre algo que Jacques se hubiera guardado mucho de comentarme durante la guerra: un pequeño armario empotrado, disimulado en el revestimiento de madera, albergaba un lavabo. En el dorso de la puerta, cuelga un cartel del general De Gaulle, de unos setenta por cincuenta centímetros. El general lleva el quepis de gala ornado con hojas de roble. El nuevo inquilino del local se había beneficiado de la ordenanza del 26 de abril de 1941 que prohibía toda actividad comercial a los judíos. Aparentemente, no profesaba ningún odio a éstos, ni, por lo demás, al general De Gaulle. Tampoco le incomodaba en lo más mínimo tener delante al hijo de un hombre que había sido totalmente expoliado. Ciertamente, no hay en ello ninguna contradicción.

*

Recuerdo del pequeño vértigo cuando Jacques me alzaba del suelo para auparme en los hombros. Le gustaba mantenerme un instante inmóvil en lo alto. Tendría que haberme reído para demostrarle que no tenía miedo, pero sólo lo lograba a medias. Existe además una foto en la que Jacques me lleva así. Por la cara que pongo, no acabo de estar tranquilo.

En la calle, cada vez que veo a un niño a hombros de su padre, me digo que no existe sin duda mayor placer, ese pequeño vértigo y el temor, aunque muy reales, compensados, y más allá de toda esperanza, por la sensación de tener el mundo a sus pies y ser invulnerable.

*

Poseo una redecilla para el pelo que perteneció a Jacques. Permaneció olvidada en casa de un tío materno. Cuando tenían buenas razones para pensar en la inminencia de una redada en el barrio de Batignolles, Jacques y Marie se sentían más seguros en casa de ese tío. Vivía en una buhardilla con su mujer y su hija, pero la portera inspiraba total confianza, al contrario que la del boulevard de Batignolles. Dormíamos seis en la buhardilla, desdoblado la cama. El baño y el lavabo estaban en el rellano, pero aun así Jacques no se olvidaba de su redecilla. Se trataba de alisar por todos los medios la onda que se le formaba en la sien derecha, aunque fuera a costa de hacer el ridículo. Bien es cierto que el uso de la redecilla no tenía nada de risible por entonces. Recuerdo haber visto ese detalle en una comedia americana de los años treinta. Pero no conservo ningún recuerdo de aquellas noches en que dormíamos seis en la buhardilla.

*

Aparte de la redecilla (que nunca le vi llevar: probablemente yo ya dormía cuando él se metía en

la cama), Jacques utilizaba un frasco de gomina de porcelana o de cristal negro. Yo lo observaba cuando sumergía la punta del peine, depositando el equivalente a un grano de café de gel gris primero en la sien derecha y luego en la izquierda. Extendía el gel con la parte fina del peine inclinando la cabeza sobre el hombro y manteniendo el cabello con la palma izquierda. Sin duda el hecho de que yo le prestara tanta atención era porque yo todavía llevaba el pelo largo.

El frasco de gomina se hizo añicos sobre las baldosas del cuarto de baño. Veo muy bien a Jacques tratando de recoger, con tristeza, todo lo que podía salvar con una cucharilla. Sin explicármelo, recuerdo haber vivido aquella escena como un desastre. Todavía me gusta el olor de la gomina: dulzón y con un leve olor a limón. Para mí sigue siendo sinónimo de limpieza, de lujo, de una forma de exigencia. A veces detecto el olor en el extranjero, sobre todo en España y en Portugal. En Guatemala, en el vestíbulo de un hotel donde esperaba leyendo un periódico, me quedé fascinado, y por el momento sin saber por qué, por tres intérpretes de marimba que se preparaban para una actuación. Se turnaban ante un espejillo posado sobre uno de los instrumentos y, uno tras otro, iban untándose el pelo con gomina con sumo esmero. Hacían exactamente los mismos gestos que Jacques, medio siglo después.

*

Me queda también de Jacques una pitillera de cuero artificial y un oso pardo esculpido en madera. El oso cabe en la palma de la mano y hacía las veces de cenicero. Las fauces abiertas están pintadas de rojo. El cuévano en el lomo está concebido para albergar una caja de cerillas, y el animal sostiene un cubilete de cobre entre las patas delanteras. Los ojos negros y el hocico son de un realismo asombroso. Ésa es, al menos, la visión que tenía yo de niño y que aún me sigue impactando. Hasta donde me alcanza la memoria, veo al osito posado sobre la mesilla circular de palisandro, junto a la ventana del salón, en el boulevard des Batignolles.

Encontré el oso en una caja de cartón que contenía vajilla de Limoges y un servicio de postre de metal plateado. La caja la había depositado Jacques en el sótano, sin duda con vistas a una mudanza. Esa caja está ahora en mi sótano y he conservado los periódicos que envolvían la vajilla, que eran de la época. Inexplicablemente, el sótano de Jacques y de Marie no fue saqueado, mientras que del piso desapareció todo. Probablemente, fue mi interés por el osito, en una época en que Jacques y Marie no disponían de medios para regalarme juguetes, lo que le valió ser depositado entre la vajilla. La pitillera de cuero artificial había quedado olvidada en casa de un tío.

*

El piso sólo tenía tres cuartitos, y mi cama se hallaba en la habitación de mis padres. A unos y a otros nos devoraban las pulgas. Jacques se levantaba en plena noche y me desnudaba a la luz

de la lámpara de cabecera. La pantalla consistía en un celuloide plegado en acordeón y agujereado en la base. Un cordón sujetaba los pliegues. Jacques aplastaba las pulgas con la uña del pulgar sobre el borde de mi cama azul. Por la mañana, Marie limpiaba las huellas de sangre, pero recuerdo unas marcas grises que no conseguía eliminar.

Despertado por la luz, y sin tener la menor conciencia de haber dado vueltas en la cama, no entendía cómo podía adivinar Jacques la aparición de unos insectos tan minúsculos bajo mis axilas y a oscuras. Un pormenor que durante mucho tiempo formó parte de los grandes misterios.

*

Me contaron la anécdota cien veces. A finales de 1942, o principios de 1943, Jacques y Marie suben por la rue d'Amsterdam, en el distrito IX de París, acompañados de un hermano de Marie, Emmanuel, y de su mujer, Lily, modista en la rue des Batignolles, pero cuyo taller, que servía también de vivienda, ha sido «arianizado» un año antes. Los dos hombres se han visto desposeídos también de su medio de sustento y viven de los ahorros que tuvieron la prudencia de guardar antes de la guerra. Las dos parejas pasan ante Monseigneur, un establecimiento muy elegante, a un tiempo bar, restaurante y club nocturno. Ignoran que frecuentan el establecimiento oficiales alemanes, de paisano o de uniforme, y colaboracionistas enriquecidos. Como para entrar hay que subir dos o tres escalones, no hay modo de hacerse una idea de la clientela mirando desde la calle. Aquella noche, las dos parejas se han arriesgado a no llevar prendida la estrella. Por curiosidad, suben los escalones y empujan la puerta, tal vez con intención de permitirse un aperitivo.

Al abrir la puerta, divisan a unos oficiales alemanes de uniforme y no se atreven a acercarse a la barra ni a batirse en retirada por miedo a llamar la atención. Un maître de esmoquin blanco los invita a entrar, por lo que se ven obligados a sentarse a una mesa. El champán y las tapas de aperitivo que les traen, y que ellos no recuerdan haber pedido, están fuera de su alcance y no disponen de dinero suficiente. En vista de ello, Jacques sale a buscar lo que falta al piso del boulevard des Batignolles, pero no logra reunir la suma en efectivo y vuelve al Monseigneur con el rostro descompuesto. Mi tío Emmanuel se precipita a su vez a la buhardilla donde vive con su mujer y su hija desde que el taller de modista fue requisado. Consigue completar la suma, pero la habitación queda mucho más lejos que el piso de Jacques y Marie, y tiene siete plantas que es preciso subir andando. Mi tío vuelve empapado en sudor y sin aliento. Aquello ha requerido mucho tiempo. Entretanto, ninguno se ha atrevido a beber por miedo a que les sirvan otra botella. Cuando las dos parejas alzan por fin la copa, lo hacen temblando, pues en el Monseigneur comienzan a mirarlos con mucha curiosidad.

*

Recuerdo de una gran bolsa confeccionada por Jacques, en plena guerra, con un retal de tela de colchón. En ella habría cabido perfectamente un perro de tamaño mediano. Mi familia siguió utilizándola durante mucho tiempo después de la guerra. La bolsa estaba cosida a mano con un grueso cordel encerado. Las aristas estaban reforzadas con un ribete gris. Una tablilla, de contrachapado de reciclaje, reforzaba interiormente dos de los cuatro lados. Incluso vacía, la bolsa podía depositarse en el suelo sin que se desplomase. Demasiado larga, la cremallera había sido plegada y el trozo sobrante cosido en el interior, con vistas a un uso futuro. Cuatro gruesos remaches de cabeza redonda protegían el fondo de la bolsa. Las asas eran lo bastante largas para colgarlas del hombro. De adolescente, llevé siempre así la bolsa. Resultó tener una resistencia a prueba de todo, y el único reproche que podía hacersele, a mediados de los años cincuenta, era que recordaba demasiado la guerra.

Monique Cohen

Nacida el 14 de mayo de 1943 en Asnières (92).

Convoy n.º 63 del 17 de diciembre de 1943.



Estamos de pie uno al lado del otro, mi padre y yo, ante la ventana del saloncillo que da al boulevard des Batignolles. Sobre la mesita de la lámpara, el osito (véase capítulo anterior) está en su lugar habitual. Jacques me ha asido por los hombros y me habla. Miramos la mediana central del bulevar a través de la ventana. Es una situación totalmente inhabitual y soy consciente de ello: Jacques nunca se ha dirigido a mí sujetándome de ese modo, ni con tal gravedad. Marie, además, no está en casa.

Al día siguiente, vamos a ver a Marie a una clínica de Asnières. Está acostada y yo creo que está enferma. Mis padres se ríen, lo que me deja perplejo, porque Marie está enferma. Sin embargo, no recuerdo haber tenido ninguna reacción ante la cuna, ni preguntarme a qué podía parecerse mi hermana. Recuerdo muy nítido, en cambio, de un intenso olor a lejía que se pegaba a la garganta en los pasillos y las escaleras de la clínica. Volví a toparme con aquel olor unos meses después bajo el porche y en las escaleras del hospital Rothschild, que fregaban con cepillo y lejía. Hospitales, cuarteles, internados: el olor a lejía ha permanecido ligado a los lugares de sufrimiento.

*

No guardo el menor recuerdo de haber visto a Marie embarazada de Monique, ni de haber visto a Monique en el piso del boulevard des Batignolles, ni siquiera en el hospital Rothschild. Sé muy bien que un niño no ve más que lo que quiere ver, pero nunca encontré el menor indicio que indicara la presencia de una hermana: ni cuna, ni canastilla, ni llanto de bebé. Sí conservo el recuerdo de un cochecito azul cuyo montante cromado sujeto para cruzar la calle, pero no estoy seguro de que sea Marie quien lo empuja y menos aún de que haya una hermana en el interior. Bien es cierto que mi experiencia de hermano mayor fue muy breve: transcurrieron menos de tres meses entre el nacimiento de Monique y su internamiento en el hospital Rothschild.

*

Dos testimonios, y sólo ellos, permiten esbozar una imagen de Monique. Sé estos detalles por una prima y una amiga de la familia. La primera tenía once años en 1943. Con su madre, visitó varias veces a Marie en el hospital Rothschild. Al contrario que yo, no tenía ninguna razón para no mirar

al bebé en su cuna. Todavía ahora, me asegura que ve «como si fuera ayer una niñita morena, de pelo rizado y ojos azules». Monique tenía entonces tres o cuatro meses. La amiga de la familia confirma esta descripción. Hasta fecha muy reciente, yo hubiera sido incapaz de imaginar una hermana morena de ojos azules, ya que Marie tenía el cabello castaño y yo de niño era rubio. Y apenas recordaba que mi padre fuese moreno: en su foto de boda, se descubre, es verdad, un reflejo de luz tan vivo en su sien izquierda que por fuerza ha de ser un hombre de pelo muy negro y que, además, utiliza gomina.

*

En 1943, hacía tiempo que no se fotografiaban a los bebés boca abajo, desnudos sobre una piel blanca. Así pues, no existe ninguna foto de Monique. Tampoco existe ningún acta de defunción ni ningún documento jurídico que dé fe de ello. Sólo aparece el nombre de Monique en los registros del Ayuntamiento de Asnières, en una esclava y en la lista de deportados del convoy n.º 63, debajo del de Marie. Pero el *Memorial de la deportación de judíos en Francia* (establecido por Serge y Beate Klarsfeld y publicado en 1978), donde figuran ambos nombres, no constituye una prueba jurídica del fallecimiento, y no es probable que las autoridades administrativas posean ese documento. Deduzco de ello que Monique, oficialmente, sigue viva. Con frecuencia me he dicho que una mujer que decidiera usurpar su identidad probablemente no encontraría ningún obstáculo insalvable.

*

Monique, el día de su arresto, no llevaba su esclava, grabada apenas tres meses antes. A no ser que un pequeño nudo, en la cadena, indique lo contrario. Las redadas se hicieron tan frecuentes en 1943 que la gente guardaba las joyas, incluidas las de los recién nacidos, en lugares seguros: en el mercado negro, todo podía venderse. La esclava de Monique estaba en una bolsa de piel blanca que contenía también la alianza, el reloj, la sortija de compromiso de Marie, unos cuantos napoleones que representaban los ahorros de la familia y un trozo de cadena de reloj de oro: al morir padres y abuelos, la costumbre en Turquía era regalar un fragmento a cada chica para que lo transformara en pulsera. La bolsa de piel estaba oculta en una pequeña cavidad practicada por Jacques tras un rodapié del piso. Jacques había informado de la existencia del escondite a un vecino del rellano, el señor Valières, profesor de gimnasia en el liceo Condorcet, y le había pedido que pusiera esas pocas joyas a buen recaudo si, algún día, veía los precintos en la puerta: por las ventanas que daban al patio, en la primera planta, se podía pasar fácilmente de un piso al otro gracias a la armazón metálica de una cristalera. Es lo que hizo el señor Valières. Después de la guerra, buscó a los hermanos Cohen supervivientes y les entregó la bolsa.

*

Cuando, en el cementerio de Pantin, hicimos inscribir el nombre de Monique en la tumba de mis abuelos maternos (donde ya figuraban el de Jacques y el de Marie, ya que la costumbre es inscribir el nombre de los deportados en tumbas donde no están), la empresa de pompas fúnebres exigió un acta de nacimiento. Sin ese documento, no estaba autorizada a efectuar la inscripción.

Hacer inscribir el nombre de un vivo en una tumba sería una broma de mal gusto, adujimos, y los abusos no deben de ser frecuentes. Se precisaron varias llamadas telefónicas y varios escritos para obtener una autorización. Así, el extracto del acta de nacimiento de Monique y su nombre en una tumba constituyen las únicas pruebas de que existió. Pero su nombre sólo figura en la tumba como una excepción, gracias a un gesto tolerante, y puede que incluso a un favor.

Sultana Cohen

Nacida en 1871 en Estambul.
Convoy n.º 59 del 2 de septiembre de 1943.



En mi recuerdo, mi abuela es un poco robusta. Tiene la piel muy blanca y parece que el calor la hace sufrir mucho. Un pañuelo empapado en agua de colonia sobresale de su manga cuando alza el brazo. Se pasa una y otra vez el pañuelo por la frente, los antebrazos, lo alto del escote. Tras lo cual, vuelve a introducirlo en la manga, donde forma una bolita.

Los domingos de mucho calor, las persianas del piso del boulevard de Courcelles estaban medio bajadas. Mi abuela está sentada en la penumbra junto a la ventana del comedor, en una de las butacas de cuero raído; la otra la ocupa mi abuelo. Mi abuela intenta refrescarse agitando su pañuelo perfumado. Como ve que la miro sin entender lo que hace (pienso que aleja unas invisibles moscas), me toma la mano, me acerca a la butaca y agita el pañuelo ante mi cara sonriendo. No noto nada, o casi nada, y su actitud se me antoja todavía más extraña.

*

Sultana era hija de un Cohen («sacerdote» en hebreo). Contrajo matrimonio en 1894 o 1895, con un hijo de Cohen. Habían sido educados ambos en una estricta observancia religiosa. Sultana tenía veintiséis años cuando nació el primero de sus cuatro hijos. Estambul se llamaba aún Constantinopla. Tenía cuarenta años cuando trajo al mundo a su último hijo. No obstante, esas fechas son relativas. Roger, el más joven de los hermanos Cohen, había nacido un 1 de febrero, pero ignoró siempre en qué año. Situaba su nacimiento entre 1909 y 1911, sin que existiera, a mi parecer, la menor coquetería por su parte. A falta de estado civil, los rabinos se hacían cargo de los registros de los nacimientos, y los padres de familia anotaban fechas y nombres de su progenie en las guardas de la Biblia familiar o del libro de oraciones. Pero las casas eran de madera, las sinagogas también, y los incendios devastaban barrios enteros. Durante mucho tiempo, las fechas de los incendios eran los únicos puntos de referencia. Pero además había que ponerse de acuerdo sobre los intervalos que separaban acontecimientos e incendios.

*

Hasta su llegada a París, en 1925, a los cincuenta y cuatro años, el mayor placer de Sultana había sido cocinar para sus cuatro hijos y su marido. Lo hacía con medios exiguos, pero una paciencia y un celo infinitos. Sus hijos la veían pasar horas asando berenjenas en una pequeña parrilla cuya

brasa mantenía con un abanico. Sus *yalandji dolmas* (hojas de vid maceradas y rellenas de arroz, en ocasiones con arroz y carne) y sus *imanbayaldis* (berenjenas rellenas de carne) eran irresistibles. El nombre turco de esa especialidad significa además «el imán se ha desmayado». Se sobrentiende que de lo buenos que son. A sus hijos les encantaba sobre todo su *sotlach*, una crema hecha de leche y maicena, perfumada con agua de rosas y espolvoreada con canela.

El otro gran placer de Sultana, y su única distracción, era llevar a sus hijos de pícnic a Tchamlidja, un paraje que ofrecía una vista excepcional sobre el Bósforo. En coche de caballos se tardaba tres cuartos de hora. Un pequeño café ponía unas mesas a disposición de los clientes. Se comían castañas y maíz asados y se bebía agua de un manantial conocido por sus propiedades digestivas. El dueño servía limonada o té, y preparaba su café con carbón vegetal: nada mejor, pues el café «a la turca» debe calentarse muy lentamente, mientras se remueve con una cucharilla, y conviene evitar que llegue a hervir. El hombre criaba también ovejas que pacían por los alrededores, y elaboraba dulces que chiflaban a los niños. Allí se reunían las familias amigas. Los niños corrían y jugaban con entera libertad. Se quedaban allí hasta el anochecer, esperando al cochero, que regresaba a recoger a toda la familia.

*

Ahora Sultana está sentada a la mesa con sus cuatro hijos, en la terraza de La Coupole o del Dôme, en Montparnasse. Su hijo más joven contaba que, cuando su madre presenció su primer desfile del *Bal des Quat'z'Arts*, con sus tradicionales mujeres desnudas engalanadas con unas plumas en torno a la cintura, Sultana había fingido no mostrarse en absoluto escandalizada. Incluso se esforzó en no parecer sorprendida. Las chicas tenían por costumbre arrojar al cuello de los hombres, en las terrazas de los cafés, y sentarse en sus rodillas mientras se tomaban la consumición. Sultana, sin embargo, confesará que le preocupaba el tipo de mujeres con las que se casarían sus cuatro hijos en una ciudad como París.

*

En Turquía se fabrica una colonia con un toque muy intenso de limón. Se adquiere por un módico precio en las farmacias, las perfumerías o los grandes almacenes. Las familias la compran por litros. Los judíos expulsados de España en el siglo xv la llaman *agua de limón*. En Estambul, en verano, hombres y mujeres dejan tras ellos una discreta estela, sinónimo de limpieza más que de lujo o de coquetería. Algunos hombres se rocían con ella de la cabeza a los pies después de ducharse.

En cada uno de mis viajes a Estambul, he pensado en Sultana al reencontrar el frescor del *agua de limón*, pero también en mi abuela materna, que se fue a vivir a París treinta y cinco años después, a finales de la década de los cincuenta. Nacida en las mismas orillas del Bósforo, se

llamaba también Sultana. Las dos Sultanas poseían la misma dulzura, la misma paciencia sin límites con los hijos. Se parecían hasta en los más pequeños detalles: la misma costumbre de ocultar su pañuelo en una manga (como hacía también Marie), la misma dificultad para soportar el calor extremo, el mismo uso del agua de colonia para refrescarse. Nada tiene de extraño, pues, que confunda un poco a mis dos abuelas en mis recuerdos olfativos. Durante la guerra, mi abuela paterna, con todo, no tenía ninguna posibilidad de procurarse una auténtica *agua de limón*. El tiempo también interviene: mi abuela materna sobrevivió veintiocho años a mi abuela paterna, y su olor se mantiene demasiado presente (sus amigos turcos, a su paso por la capital, le traían frascos de la preciada *agua de limón*) para que el perfume de su homónima, desaparecida en 1943, no sea mucho más frágil, mucho más vago también.

A veces también doy en pensar en las dos Sultanas en las calles de Madrid. En la calle Serrano, cerca de la Puerta del Sol, hay una perfumería que fabrica un Agua de Colonia Concentrada idéntica desde 1899. Curiosamente, la forma del frasco recuerda al del agua de Colonia confeccionada a orillas del Rin. Si bien parece más dulce, y con una nota de clavo de especia, el agua madrileña posee un olor muy pronunciado a limón verde, no muy lejano tampoco de la que se adquiere a orillas del Bósforo. Pero ¿no tienen en común todas las aguas de colonia esa fuerte fragancia dominante del limón?

Intentando disociar, sin lograrlo, los perfumes de mis dos abuelas, me viene a la memoria una farmacéutica de Bernay (Eure) que me explicaba, no sin gracia, que hubo una época, de jovencita, en que todas las mujeres de los alrededores utilizaban la misma agua de colonia, confeccionada por Jean-Marie Farina y fabricada en una empresa de la ciudad (véase Joseph). Ese detalle no me hizo sonreír. Incluso me produjo una curiosa ansiedad que el viaje en coche hacia París no logró disipar: los recuerdos más asentados no los amenazaba tan sólo el tiempo. También la proliferación y la multiplicidad de las semejanzas, como en un juego de espejos infinito.

*

En invierno, los domingos por la noche, Sultana y Annette (véase Mercado) preparaban una sopa de puerros y patatas. Durante la Ocupación, la sopa, qué remedio, era muy clara. Conservo el recuerdo de un líquido gris en el que flotaban tallos cortados a cuadrados. Una rabia intensa se apoderaba de mí cuando me obligaban a comerme los puerros. Mucho tiempo hubo de pasar para que comprendiera que sólo se come la punta de los tallos cuando no hay otra cosa. El plato blanco estaba bordeado por un grueso trazo rojo rodeado por dos franjas doradas. El rojo del plato era idéntico al rojo de la alfombra que cubría las escaleras del boulevard de Courcelles. Aún ahora, cada vez que veo una alfombra roja en una escalera pienso en la del boulevard de Courcelles. La alfombra me recuerda los platos, que a su vez me traen a la memoria la sopa de puerros y patatas de Sultana y de Annette.

*

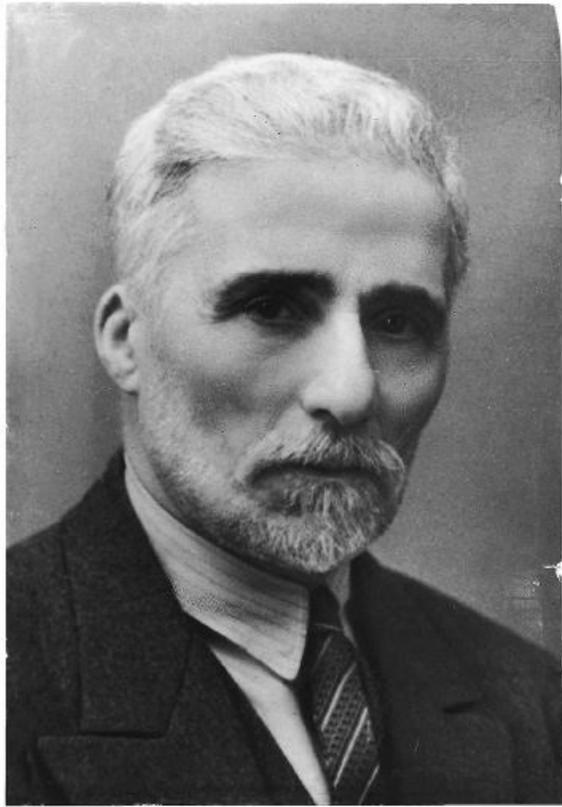
Tras pasar la tarde del domingo en familia, cometiendo una gran imprudencia en la época de redadas, nos sentábamos a la mesa: antes de la guerra, los hermanos Cohen por nada del mundo se habrían aventurado a dejar solos a sus padres los domingos, puesto que no trabajaban. Conservaron el hábito de aquellas reuniones familiares hasta que las leyes de Vichy los privaron de toda actividad. Después de cenar, intentaban por todos los medios que yo me durmiera. Yo exigía que la luz del pasillo se quedase encendida y la puerta de la habitación, entreabierta. Asimismo, Marie tenía que echarse a mi lado, de modo que ella se quitaba los zapatos y cerraba los ojos. Enseguida se dormía del todo. Mi padre se acercaba a ver qué ocurría. Despertaba a Marie y se echaba a su vez para relevarla. Pero Jacques se dormía también y Marie volvía a sumirse en el sueño. Me han contado cien veces que, en el momento en que mis padres dormían, era cuando yo reaparecía en el salón, descalzo, y ufano de mí.

*

Aparte de sus cuatro hijos, Sultana tuvo una hija. Según la leyenda familiar, la niña murió de terror en su cuna, a la edad de siete meses, en el pueblecillo de Daghaman (véase Mercado). Al parecer, alguien se inclinó sobre la cuna con una máscara de carnaval. Actualmente, los médicos diagnosticarían más bien una malformación cardíaca o una rotura de aneurisma.

Mercado Cohen

Nacido en 1864 en Estambul.
Convoy n.º 59 del 2 de septiembre de 1943.



Una presencia muda, en el boulevard de Courcelles, en una de las dos butacas de cuero raído dispuestas a uno y otro lado de la ventana del comedor, la segunda ocupada por mi abuela: es más o menos cuanto recuerdo de él. Mi abuelo sostiene un libro en la mano. Las páginas están muy negras. Me digo, al escribir estas líneas, que el carácter hebreo, con sus trazos gruesos muy pronunciados, da páginas mucho más tintadas que el carácter latino.

Debido a su barba blanca y corta y a su bigote, siempre me asusta que me bese, pero no conservo recuerdo alguno de sus besos. Seguramente se limitaba a bendecirme posando la mano en mi cabeza.

En invierno, Mercado siempre tiene frío y se cubre con una manta a modo de chal. Cada vez que encuentro en un libro la foto de Nadar que muestra a Mallarmé con una manta sobre los hombros, me acuerdo de mi abuelo. Hundido en la gran butaca baja, se le ve muy pequeño. En efecto, las fotos muestran a un hombre de más o menos un metro sesenta. Siempre tiene las manos frías. Le gusta tomarme las manos en las suyas y acariciarlas. Sus hijos David y Roger, durante toda su vida, han mostrado su afecto de ese mismo modo. En mi recuerdo, el traje de tres piezas de Mercado desprende, en verano, un leve olor a manta de lana que no he vuelto a percibir en ningún lugar, salvo en el ejército, durante el servicio militar, cuando permanecíamos inmóviles al sol.

*

Durante decenios me han repetido con qué profunda indignación Mercado, en plena Ocupación, se negó en redondo a abandonar su butaca del boulevard de Courcelles para escapar a las redadas. «Sólo a los ladrones y a los asesinos se les ocurre esconderse», repetía a sus cuatro hijos. Que le sugirieran esa posibilidad le hería ya como una ofensa. Sus hijos respetaban demasiado su rectitud para enfrentarse a él por un tema tan sensible. Supongo que eso no les impidió explorar todas las posibilidades para conseguir que sus padres abandonaran París. Pero ¿dónde ocultar a un hombre de setenta y nueve años con un traje de tres piezas y que por nada del mundo se habría separado de sus libros de estudio y de oración? Por lo demás, Mercado era incapaz de comprender la gravedad de la situación en la Francia ocupada. Así pues, en aquella butaca lo detuvo la policía, al igual que a su familia, un sábado, el 14 de agosto de 1943.

*

Todos los días, Mercado leía la Biblia con los comentarios de Rachi (que vivió en Troyes en el siglo XI). A continuación, estudiaba un poco el Talmud, como lo hacía desde su niñez y sus estudios en la escuela talmúdica de Üsküdar, antigua Scutari, un barrio de Estambul en la orilla asiática del Bósforo. Eso no le impedía que profesara sólo una estima relativa a los rabinos, que, según repetía a sus hijos, comprenden lo que leen, pero poco más. Mercado no frecuentaba mucho la sinagoga. En el pueblecito de Daghaman, no lejos de Üsküdar, donde pasó lo esencial de su vida, en la calle Karakolhane, casa n.º 6, su vecino, un herborista judío, lo había apodado «el *Jajam*», sabio y erudito en hebreo, y, por extensión, rabino. No era raro que acudieran a consultarlo cuando surgía alguna dificultad en una familia judía. Incluso sus vecinos musulmanes recurrían a él.

*

Cuando, a finales de los años veinte o principios de los treinta, hubo que contratar a una criada para ayudar a su mujer, Sultana, que, en París, debía alimentar a siete personas (ninguno de los hermanos Cohen estaba casado y vivía una tía en la casa), Mercado se indignó de que se pudiera arrancar a una chica de la escuela a los catorce años para servir de criada en su casa. La tradición judía exigía que se estudiara, y que se ayudara a quienes no disponían de medios para hacerlo. La joven criada se llamaba Annette. Bretona, llegaba directa del campo y aquél era su primer empleo. De inmediato, Mercado la matriculó en la escuela. Sin duda Annette fue la única criada en ser alojada, alimentada y pagada para estar ausente la mayor parte del día. Eso no le impedía en absoluto ayudar a Sultana antes de ponerse a hacer los deberes, como habría hecho cualquier hija.

*

El que Annette, al correr de los años, se sintiera en deuda con Mercado y Sultana era lo de menos. No obstante, como buen jurista imbuido del Talmud, Mercado creía que el agradecimiento debe tener un límite. Durante los años que Annette pasó con ellos, mi abuelo no dejó de controlar sus compañías: Annette sólo salía con chicos que hubieran sido presentados a la familia. Debían venir a buscar a Annette a casa y luego acompañarla hasta la puerta del edificio.

Cuando Annette conoció a un maestro bretón, dueño de una casa en Messac, en Ille-et-Vilaine, que acababa de ser nombrado director de una escuela de Radon (¿o era un centro de enseñanza primaria?), Mercado consideró que a la joven le había llegado el momento de contraer matrimonio. El director de escuela era mayor que ella, pero tanto a Annette como a Mercado les gustaba.

Sin embargo, Annette puso sus condiciones: la haría muy feliz casarse con el director de escuela, pero siempre que pudiera seguir ocupándose de los abuelos Cohen. ¿Cómo conciliar ambas cosas? Muy sencillo, dijo Annette: ella iría a reunirse con su marido a Bretaña cada vez que pudiera, y que quisiera: en las vacaciones de verano, fiestas, fines de semana largos. En lo demás, todo seguiría igual. Annette se mostró inflexible: lo tomaban o lo dejaban. Mercado y el director de escuela tuvieron que aceptar.

*

Hasta su llegada a Francia, Mercado había regentado una tienda de accesorios de sastrería en el pueblo de Daghman. Vendía hilo, dedales, botones, cremalleras y tijeras, pero no tela, lo cual hubiera requerido inversiones demasiado importantes. Roger, el más joven de los cuatro hermanos Cohen, recordaba que la familia siempre había soñado con ir de excursión a las islas Príncipe, a media hora en barco de Estambul, a la entrada del mar de Mármara. La mayor de las cuatro islas, donde Trotski vivió sus primeros años de exilio, se llamaba Büyükada en turco, Prinkipo en griego. Los ingresos de Mercado nunca permitieron que una familia de seis personas disfrutara de semejante viaje.

*

Escolarizado en el colegio de los hermanos maristas de la Inmaculada Concepción, en el pueblecito de Selamcise, no lejos de Daghman, Roger recordaba que una noche estaba haciendo los deberes en casa cuando se enteró de que acababa de declararse un incendio no lejos de su escuela: se precipitó a Selamcise con un amigo. Los dos niños ayudaron como pudieron a las víctimas a salvar algunos objetos. Era un pueblo tradicional de viejas casas de madera. Llevaba tres meses sin llover y los bomberos hallaron las cisternas casi vacías.

Es entonces cuando los niños vuelven la cabeza. Ante ellos se eleva una alta columna de humo. El incendio se ha propagado hasta Daghman. Los colegiales vuelven sobre sus pasos y descubren sus propias casas en llamas. Sultana y Mercado pugnan por sacar un gran colchón del fuego. Es cuanto pueden salvar, y hace rato que la mercería ha desaparecido envuelta en el humo.

*

Cuando se evocaba alguna vez la deportación de sus padres, lo que no era muy habitual en la familia (bastaba con echar una mirada a los dos retratos, sobre el aparador del comedor, para que todo quedara dicho), los rostros de David y de Roger se cerraban instantáneamente. Tenían el mismo tic, consistente en apretar las mandíbulas en caso de contrariedad, y se veía crisparse los músculos de sus mejillas. Su mirada se endurecía y, por pudor, se desviaba. Nada igualó nunca, a

su parecer, la rectitud tajante de su padre ni la dulzura de su madre. La menor injusticia a su respecto la habrían considerado un crimen imperdonable y las circunstancias de su muerte suscitaron siempre un dolor, una ira y una rabia tan desesperados que los dejaban mudos y postrados. Para ellos, no cabía la menor duda de que la humanidad entera era culpable. No obstante, jamás dijeron tal cosa y siempre fueron los más dulces, los más pacíficos de los hombres.

*

Ante la foto de Mercado reproducida en este libro, siempre me ha parecido que la gravedad que muestra no tiene nada que ver con la seriedad de un hombre de estudios. Siempre he creído leer en ese rostro una desilusión fría, irrevocable. Contra toda lógica, parece ser la premonición de todos los desastres, y esa mirada todavía me deja paralizado. Sobre el aparador del boulevard de Courcelles, durante decenios, la foto suscitó siempre esta pregunta: ¿me habría sido posible realmente atravesar las mallas de la red si, bastantes años antes de la guerra, Mercado no hubiera decidido matricular a Annette en la escuela?

El 14 de julio de 1943, cuando la policía irrumpió en el piso, Annette y yo estábamos en el parque Monceau. La portera nos había visto salir y había visto entrar a la policía. No tardaríamos en volver del parque: la portera se plantó delante de la entrada del edificio para prohibirnos entrar. Tampoco quería que permaneciéramos por los alrededores. Y, así, desde la acera de enfrente vimos a la familia subir a un camión. Comprendimos perfectamente la muequecilla de Marie, que, a espaldas de los policías y al igual que la portera, nos instaba a alejarnos de allí.

Habían precintado la puerta del piso. Annette había salido sin papeles, sin dinero y sin agenda de direcciones. Pasamos dos o tres noches en el metro, dejándonos encerrar dos o tres noches tras pasar el último tren, como lo hacían numerosos parisinos buscados por la policía o la Gestapo. Durante el día, seguramente nos alimentaba la portera. Por diversos conductos, y fiándose de sus escasos recuerdos, Annette dio con el señor Petitcolin, un amigo de la familia. Tenía fama de ser un hombre enérgico y de dar buenos consejos. A buen seguro había hecho ya algunos favores. El señor Petitcolin recomendaba a Annette acudir a la comisaría y contar lo que había sucedido, omitiendo no obstante hablar de mí. Le expedirían un salvoconducto para reunirse con su marido en Bretaña. El señor Petitcolin, por su parte, me acompañaría a casa de Annette, en Messac, tan pronto como hallara el modo de que pudiera viajar con una identidad falsa.

El señor Petitcolin no encontró nada mejor que incluirme en su libro de familia, sobornando a un empleado del ayuntamiento, o pagando a un falsificador. Todo ello debió de requerir varias semanas. Recuerdo muy bien el pollo frío devorado en el tren hacia Bretaña. También las miradas de envidia de los pasajeros. Volví a ver con frecuencia al señor Petitcolin después de la guerra, lo bastante como para comprender que en tiempos de redadas y de restricciones, nuestra documentación en regla y el lujo de aquel pollo frío, blandido con ostentación ante las narices de

los viajeros y los revisores, franceses o alemanes, equivalían a un doble palmo de narices. Nunca supe el nombre de pila del señor Petitcolin, o lo he olvidado, y si oigo sólo el patronímico, sin ese «señor» que siempre ha sido norma de mi familia, me lastima el oído.

En casa de Annette, comencé una vida de niño oculto. Habría sido anormal que fuera el único niño de Messac que no asistiera a la catequesis. Durante el día, preferían que guardase las vacas de una vecina en vez de enviarme a la escuela, donde habría suscitado demasiada curiosidad. Ocultando en su casa a un niño judío, e imponiéndoselo a su marido, Annette, en cualquier caso, no podía dejar de oír la exhortación muda de Mercado, quien, por primera vez quizá, no habría comprendido que ella no hubiera acudido en su ayuda. Tampoco cabe ninguna duda de que Annette se acordaba de los ataques de risa junto a Marie, en la cocina del boulevard de Courcelles.

Annette murió poco después de la guerra, al parecer de un cáncer fulminante. Su marido falleció prematuramente, también él. No volví a ver ni a uno ni a otro, y mi familia tampoco.

Joseph Cohen

Nacido el 19 de agosto de 1895 en Estambul.

Convoy n.º 59 del 2 de septiembre de 1943.



Primogénito de los cuatro hermanos Cohen, Joseph desempeñó siempre el papel de cabeza de familia. No encontró tiempo para casarse y su vida provoca vértigo.

Al concluir sus estudios en el liceo francés de Galatasaray, y cumplidas sus obligaciones militares, se pregunta, como muchos hombres de su generación, qué futuro le espera a orillas del Bósforo: Turquía siempre está en guerra. Contra Italia primero por la Cirenaica, contra Grecia, Montenegro, Serbia, y después Bulgaria. En 1914, se alinea junto a Alemania y bombardea las riberas rusas del mar Negro. Para un judío francófono, no ver unirse a su país a los Aliados resulta desgarrador. La revolución de los Jóvenes Turcos, por añadidura, impone a las empresas de Estambul emplear a no menos de un cincuenta por ciento de asalariados turcos. No es injusto en principio, pero la ciudad es una gran metrópoli cosmopolita y las minorías representan cuando menos la mitad de la población. Tradicionalmente, las empresas son, por lo tanto, turcas, griegas, armenias, rusas, francesas, alemanas o judías desde el empresario hasta el barrendero. Los últimos sultanes mismos, a fuerza de emparejarse con bellas georgianas, son tan rubios como los últimos Románov. No es casual que, en 1923, Atatürk instale la capital de la nueva Turquía en Ankara. En cuanto a los estambulenses pertenecientes a las minorías, si son jóvenes y no tienen hijos, prefieren hacer la maleta.

*

En 1914, apenas declarada la guerra, Joseph se embarca hacia Inglaterra. Busca pensión en una familia y encuentra un empleo en una fábrica de armamento. Así pues, a los diecinueve años ha elegido su campo. Aparte del inglés, aprende a vestirse como un *gentleman* y a leer el *Times*. Recuerdan sus hermanos que, todas las semanas, hasta 1940, y como un ritual, devora por añadidura las ciento veinte páginas del suplemento semanal del *Observer*, un periódico de izquierdas.

Terminada la Gran Guerra, Joseph regresa a Estambul y, durante un tiempo, trabaja en una fábrica judía que se dedica a la porcelana. Contaba el más joven de los hermanos Cohen que el fundador estaba tan impresionado por su empleado que se hacía a un lado cada vez que coincidían los dos ante una puerta. Estalla entonces la guerra greco-turca. Una empresa de Amberes, M.H. Salti & hijos, especializada en el comercio de diamantes y piedras preciosas, busca un representante en las Indias neerlandesas: Joseph abandona la porcelana y se embarca hacia Java.

Venderá piedras talladas y joyas montadas en Amberes a las ricas familias principescas y comprará piedras en bruto en el mercado local, pues las Indias neerlandesas son productoras de diamantes.

*

Cartas y postales a la familia se suceden a intervalos regulares. Una prima hermana recopiló noventa y una cartas de Joseph a Sultana y a Mercado, así como a sus hermanos, entre 1920 y 1923. Debió de perderse mucha más correspondencia. Las postales están dirigidas a «mis queridos» o a «mi querido hermano» y redactadas en francés, en judeoespañol y a veces en inglés. Joseph declara a sus padres, que siguen viviendo precariamente en Daghaman: «Mi único deseo, a mi regreso, es poder brindaros todo cuanto me dicta mi corazón». El estilo es demasiado académico como para no detectar la influencia de las escuelas cristianas y del liceo francés. En cuanto al judeoespañol, que utiliza casi siempre, Joseph lo escribe indistintamente en caracteres hebreos, de los que se sirvieron los judíos otomanos durante siglos, o utilizando el alfabeto latino, introducido por Atatürk. Bajo la pluma de Joseph, el español arcaico de Isabel la Católica utiliza pues todas las convenciones fonéticas y ortográficas adoptadas por la Turquía moderna: en una encrucijada de civilizaciones, nada puede ser más sencillo.

En ocasiones, una foto muestra a Joseph, solo en una inmensa playa desierta jalonada por una jungla oscura o por altos acantilados. En una de aquellas fotos, cabe imaginar un viento muy fuerte, pues el pantalón se le pega a las piernas y Joseph se sujeta el sombrero. Se le ve también a caballo o al volante de un descapotable. Viste un terno blanco ornado con un pañuelo, zapatos blancos y panamá. Con frecuencia, las postales reproducen los hoteles donde se aloja en Surabaya, en Batavia (futura Yakarta), en Tosari, en Semarang, en Bandung, en Borobudur o en Malang. A veces una flechita señala el bungalow con tejado de bálago desde donde escribe. En una carta dirigida a Jacques y escrita desde el gran hotel de Yogyakarta, explica: «Ahí me acuesto pensando en todos los *chérís*». Aplicado a sus padres y hermanos, el término *chéri* puede sorprender. Era corriente en Turquía y da fe, por parte de Joseph, de un afecto y una ternura indefectibles. En su correspondencia, Joseph no deja de repetir lo mucho que añora a su familia.

*

En 1924, Joseph tiene veintiocho años. Ha ahorrado lo suficiente para realizar su sueño de establecerse en Francia. Abandona Java y, en Marsella, toma el primer tren para París llevando en los bolsillos de su chaleco blanco unas cuantas piedras preciosas que representan todos sus ahorros. Alquila de inmediato un piso de cinco habitaciones, en el número 1 de la rue Delambre, en la primera planta, frente a la cervecería Le Dôme. Su idea es traerse lo antes posible a sus padres y hermanos.

Apenas llega a la capital, traba amistad con una profesional de la lencería-camisería de lujo y deciden ambos crear un taller en la rue des Petits-Champs. Los socios contratan a trabajadoras y abren una tienda en un nuevo pasaje, las Arcades du Lido, en el 78 de la avenida de los Campos Elíseos. Allí venderán sus productos. Joseph encarga una decoración modernista de madera oscura tan *chic* que causa sensación. Una de sus primeras clientas es Mistinguett. Ésta les dedica una foto suya que se apresuran a colgar en la pared. Las celebridades no suponen necesariamente las bicocas que cabe imaginar: el secretariado personal de las vedettes está más acostumbrado a recibir el caché de sus actuaciones que facturas, y las estrellas se ofenden cuando se les pide que se abone el importe. Pero el taller de la rue des Petits-Champs obra maravillas, el encaje Racine está de moda y afluyen los encargos, especialmente los de Honora, una lujosa boutique del faubourg Saint-Honoré.

Un año después de abrir el taller de la rue des Petits-Champs, Joseph se siente lo bastante seguro de sí como para traer a sus padres y sus hermanos. Estos últimos se convertirán en socios de sus negocios o bien les ayudará, si prefieren volar con sus propias alas. Entretanto, en la rue Delambre hay suficientes habitaciones vacías para alojar a todo el mundo. Con el fin de echar una mano a su madre, los hermanos Cohen se especializan. Al volver del trabajo, por las tardes, uno se encarga de comprar la fruta y la verdura, otro la carne o el pescado, un tercero el pan, el último la charcutería y las bebidas. Recompuesta la célula familiar, padres y hermanos son felices. En las fotos se pasan el brazo por los hombros o se apretujan sonriendo ante el objetivo. Como la rue Delambre resulta muy ruidosa, Joseph alquila un piso grande en un edificio haussmaniano del boulevard de Courcelles, frente al parque Monceau, y traslada allí a toda la familia. Por vez primera en la historia de la familia Cohen, el futuro pinta radiante.

*

Joseph es alto y fuerte. Al igual que sus tres hermanos, aparece sumamente elegante en las fotos: traje de tres piezas, corbata ajustada y una pizca llamativa, pañuelo blanco, zapatos negros, reloj de bolsillo, cabello engominado. Encaramado en sus hombros, yo tocaba a lo alto de los armarios.

En verano, Joseph se enjugaba la frente con un gran pañuelo blanco, bordado con sus iniciales. Como muchos hombres por aquel entonces, se echaba unas gotas de colonia en el pañuelo limpio que extraía de una caja cubierta con tela escocesa. Cuando Joseph me aupaba, el olor de aquella colonia me fascinaba. En el boulevard de Courcelles, Joseph era el primero en sacar su gran pañuelo cuando yo me manchaba. Lo sostenía por una punta y lo desplegaba de un solo golpe, bajo mi nariz, como lo hacen los prestidigitadores. Me acuerdo de la caricia fragante del algodón fino en mi cara.

*

Joseph, al igual que su madre, Sultana, no llevaba bien el calor. No obstante, en plena canícula le habría parecido indecoroso quitarse el chaleco, y el olor de la colonia, en su estela, ganaba en intensidad cuanto más calor hacía. En mi recuerdo, la persistencia de aquel perfume era lo que lo diferenciaba del agua de colonia que utilizaba Jacques. Sin embargo, se suponía que los cuatro hermanos Cohen utilizaban la misma colonia, según aseguraba mi tía (véase Jacques). Ese minúsculo detalle, durante años, me marcó lo suficiente como para que subsistiese una leve duda sobre la marca utilizada por los hermanos Cohen.

*

Hubo que esperar al año 2006 para aclarar ese misterio. La ciudad de Bernay, en Eure, organizaba una exposición en homenaje al poeta Paul Celan y a su mujer, la artista Gisèle Celan-Lestrange, que poseían una casa en Moenville, un pueblo cercano, rebautizado por la pareja como Moïseville.

Antes de reemprender el viaje a París, mi mujer y yo exploramos la población. Una gran empresa de perfumería tiene sus fábricas en Bernay desde su fundación, en 1862. Un pequeño museo recorre la historia de la marca. Pueden verse, particularmente, todos los frascos utilizados por la empresa desde sus orígenes.

Ante aquellos frascos, reconocí las iniciales entrecruzadas de la marca. En mi recuerdo, esas dos letras estaban ligadas con el cuarto de baño del boulevard de Courcelles, donde el tío Joseph extraía sus pañuelos de la caja recubierta de tela escocesa que guardaba en el armario de la ropa blanca. Aquellas iniciales me habían sorprendido sobre todo porque yo comenzaba a distinguir las letras del alfabeto. ¿Vendía el museo réplicas de frascos antiguos?

«No», me contestaron. Pero podía preguntar en las perfumerías de Bernay. Tal vez encontrara ejemplares en stock. Una búsqueda inútil, pero nada impedía comprar la colonia que hizo famosa a la firma, una fórmula creada por el perfumista Jean-Marie Farina en 1806 y retomada, desde su fundación, por la firma de Bernay.

Aquella fórmula era de hecho muy similar al agua de colonia concebida en 1709 en la localidad epónima por Giovanni Maria Farina, un antepasado oriundo de Santa Maria Maggiore, en Piamonte, y que acababa de emigrar a orillas del Rin. Los descendientes renanos de Giovanni dieron su beneplácito, por lo que no había ningún inconveniente para fabricar en Francia, y con el nombre afrancesado de Jean-Marie, un perfume que se había extendido por toda Europa con el nombre de «agua de Colonia».

*

Si bien todavía ahora las fórmulas de los dos Farina siguen siendo secretas, el Mameluco Alí, que seguía a Napoleón desde 1798 y por fidelidad embarcó con él a Santa Elena, creó también un «agua de Colonia» para uso exclusivo del emperador. Por aquel entonces, sólo se utilizaban

esencias naturales, y la nariz de Alí estaba muy ejercitada. Por lo tanto, existen buenas razones para pensar que su perfume era muy cercano al agua de Colonia original, de la que existían por entonces innumerables imitaciones.

El escritor Jean-Paul Kauffmann dio con la fórmula de Alí: «Esencia de limón, de toronja, de bergamota y de romero». La Osmoteca de Versalles, que resucita los perfumes perdidos, reprodujo a petición suya la fórmula del Mameluco. Jean-Paul Kauffmann proyectaba un viaje a Santa Elena por exigencias de un libro (*La chambre noire de Longwood*). Provisto del preciado frasco, decidió no abrirlo más que en el cuarto de baño del emperador, ante la gran tina de cobre que hacía las veces de bañera. Desde hacía ciento setenta años, nadie, en Longwood, había podido imaginar por un instante el olor de la loción con la que se rociaba Napoleón. «Los olores tan sólo están hechos para resucitar recuerdos desaparecidos», escribe Jean-Paul Kauffmann al término de su insólita experiencia. Añade también: «Un olor, un perfume poseen, como el vino, el poder de abolir la idea del tiempo único y absoluto, de habitar un eterno presente».

*

Aparte de los frascos, una de las pequeñas diferencias entre el agua de Colonia fabricada a orillas del Rin y la que se fabrica en Bernay reside, sobre todo, en la mayor persistencia de esta última. Así pues, mi tía llevaba razón cuando evocaba el agua de colonia de mi padre. Pero yo sabía muy bien, ahora, que tampoco mentía la que se fabrica en Bernay. Un día, le comenté esa contradicción a mi tía. ¿Estaba realmente tan segura de lo que sostenía? Su respuesta fue inmediata:

—Cuando Joseph y tu padre no encontraban la primera marca, ¡compraban la segunda!

Puedo decir, pues, y sin error posible, qué olor desprendía Joseph el 14 de agosto de 1943, en el boulevard de Courcelles, cuando me tomó en brazos por última vez, antes de ser detenido por la policía francesa.

*

Esos descubrimientos olfativos tenían un corolario. ¿Es posible que también los dignatarios nazis utilizaran el agua de Colonia que se fabrica a orillas del Rin y que usaba con mayor frecuencia Jacques? Durante años, la respuesta pareció caer por su propio peso. Los perfumes atraviesan el tiempo con entera inocencia, me decía a mí mismo. Según la historia individual, nos recuerdan todo y su contrario. Pueden, por lo tanto, causar placer, o dolor. Incluso pueden causar placer y dolor a la vez.

Era algo muy inocente. Un encuentro vino a disipar el espectro del uniforme negro de las SS, en el que, de niño, hubiera podido reconocer el olor de Jacques. En 2004, conocí al marchante de arte alemán Castor Seibel. Éste frecuentó durante mucho tiempo a personalidades tan diversas

como Jean Paulhan, Leonor Fini, Francis Ponge, Marcel Jouhandeau y Madeleine Malraux. Escribió sobre la pintura de Jean Fautrier y mantuvo correspondencia con Francis Ponge.

Una noche, en casa de unos amigos comunes, desvié la conversación hacia las aguas de colonia. Castor Seibel posee una cultura y tiene unas curiosidades muy extensas, se encuentra tan a gusto en su casa de París como en Alemania, por lo que quizá sea la única persona en el mundo a quien no parecía ridícula una pregunta sobre los gustos de los nazis en lo tocante a perfumes. ¿Apreciaban, por ejemplo, el agua de colonia fabricada en la gran ciudad renana? Respuesta irrefutable de Castor Seibel:

—Rotundamente no. Es lo que más detestaban. La *Echt Kölnisch Wasser* era uno de los símbolos de la vieja Alemania y de la República de Weimar, cuyos fundamentos extirpaban de raíz. A la Gestapo y a las SS sólo les gustaban los perfumes intensos, mareantes, que dejaban una estela persistente. Para ellos, únicamente los perfumes fuertes eran sinónimos de virilidad. Por ejemplo, les entusiasmaba el Cuïr de Russie.

El Cuïr de Russie es un perfume originario de Ucrania. Los jinetes cosacos, desde siempre, habían observado que una rama verde de abedul, descortezada y restregada, aún húmeda, contra el cuero de una bota, desprendía un perfume tenaz y mareante.

Rebecca Chaki

Nacida el 13 de abril de 1875 en Estambul.
Convoy n.º 59 del 2 de septiembre de 1943.



En París, vivió siempre en casa de Mercado, su primo hermano, y Sultana. No existen de ella más que tres o cuatro fotos y apenas se sabe prácticamente nada de su vida, salvo que enviudó muy joven, se quedó sin recursos y no tuvo hijos. Las fotos muestran un rostro anguloso, ingrato, y manos sarmentosas posadas sobre una amplia falda negra. A cambio de comida y alojamiento, sin duda se sentía obligada a ser muy discreta y a no interferir en la vida de los Cohen. Cuando me la encontraba en el piso de mis abuelos, era siempre furtivamente, como si fuera a cometer un allanamiento, en el instante en que se cerraba una puerta. Sólo recuerdo bien el roce de sus amplias faldas negras en la penumbra. Mi abuela, cinco años mayor, y desde hacía tiempo a juzgar por las fotos familiares, llevaba faldas rectas hasta media pantorrilla. Aparte de ese frufú de otra época, no queda nada de Rebecca.

Incluso puede que la foto reproducida aquí no corresponda a Rebecca. Mercado tenía una hermana, Suzanne, que también había enviudado muy joven, y que vivió, como Rebecca, en casa de su hermano y de su cuñada. En su correspondencia, los hermanos Cohen la evocan con el nombre de «la querida tía». Suzanne murió poco antes de la guerra. Mis recuerdos no se remontan hasta ahí. Aquel frufú en la penumbra es por lo tanto el de las faldas de Rebecca. Pero la foto reproducida aquí es muy probable que sea la de Suzanne.

David Salem

Nacido el 29 de abril de 1908 en Constantinopla.
Convoy n.º 75 del 30 de mayo de 1944.



Es el hermano más pequeño de Marie y siete años mayor que ella. Los que saben algo de David desconocen las circunstancias de su muerte, y los que las conocen no las repiten de buen grado.

Detenido al mismo tiempo que su esposa Perla en Béziers, donde habían fundado una pequeña fábrica textil, son deportados en el mismo convoy cuando el desembarco aliado en Normandía es inminente. Seleccionados ambos para trabajar, separan a David y a Perla en la rampa de Birkenau. David no soporta estar sin noticias de su esposa, detenida, tal vez, a sólo unos cientos de metros. Apenas se ha formado una idea del lugar cuando intenta evadirse para reunirse con ella. Muere en las alambradas electrificadas, ante los ojos de los presos que intentaban retenerlo. Para que su muerte sirva de escarmiento a los nuevos, los SS cuelgan su cadáver en medio de la avenida que toman mañana y noche los deportados al ir y volver del trabajo. Su cuerpo permanece colgado allí varios días, tal vez más. Pensando menos en su muerte que en las ilusiones que no había tenido tiempo de perder, los presos lo llamaron el «pobrecito David». Ninguno de los que sobrevivieron a la evacuación del campo, en enero de 1945, poco antes de la liberación por parte del Ejército Rojo, olvidó el cuerpo del «pobrecito David» balanceándose por encima de sus cabezas. David tenía treinta y seis años.

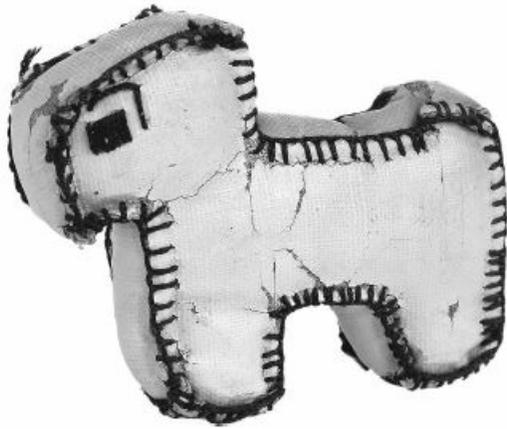
*

Durante años, vi a Perla en cada una de sus estancias en París. Cuando la Liberación, pasó cinco años en un sanatorio antes de regresar a vivir en Béziers. No volvió a casarse, y declaraba que sólo se sentía bien en compañía de un pequeño grupo de antiguos deportados. «No necesitamos hablar para entendernos», decía, y lo cierto es que, aparte de la familia, con frecuencia me avergonzaba de la ignorancia de los que le hacían preguntas.

En el convoy n.º 75 había 1.004 personas. Perla, en 1945, formaba parte de los 85 supervivientes. Nunca evocó las circunstancias de la muerte de David, y cuando no estaba entre los suyos, se bajaba las mangas para no verse obligada a dar explicaciones sobre el número tatuado en su antebrazo. No obstante, un día en que estábamos los dos a solas, me atreví a aludir a lo que acababa de leer en un libro sobre la muerte de David. Yo era muy joven y el comentario de Perla me sorprendió. Creo que intentaba no impresionarme y, al mismo tiempo, evitar traicionar la realidad: «Pues entonces ya sabes, como yo, que David tuvo una hermosa muerte».

Documentos















El autor agradece efusivamente a Laurence Carraud-Cohen, Suzy Cohen, Claudine Cohen, Françoise Eisenbeth, Claude y Nadia Colin, Ninette Fleury, Aimée Lévi-de Botton, Victoire Namer, Suzon Missistrano, Micheline Salem, Suzy Molho y Vicky Ojalvo por los objetos, las fotos, los detalles, los documentos, las anécdotas y las fechas que brindaron, comunicaron o permitieron precisar. Y con la más profunda gratitud rinde tributo a la memoria de Emmanuel y Lily Salem.

Notas

1. La cursiva distingue los recuerdos de infancia, reproducidos lo más fielmente posible, como otras tantas anamnesis de lo que el adulto ha podido saber al hilo de las confidencias, los encuentros, los años. A ello se suman algunas consideraciones personales, cuando parecen necesarias o inevitables.

La escena interior
Marcel Cohen

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Sur la scène intérieure. Faits*

Ilustración de la portada: © Agustín Escudero
Fotografías del interior: © Alain Eli

© Éditions Gallimard, 2013

Traducción: © Javier Albiñana Serain, 2020

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

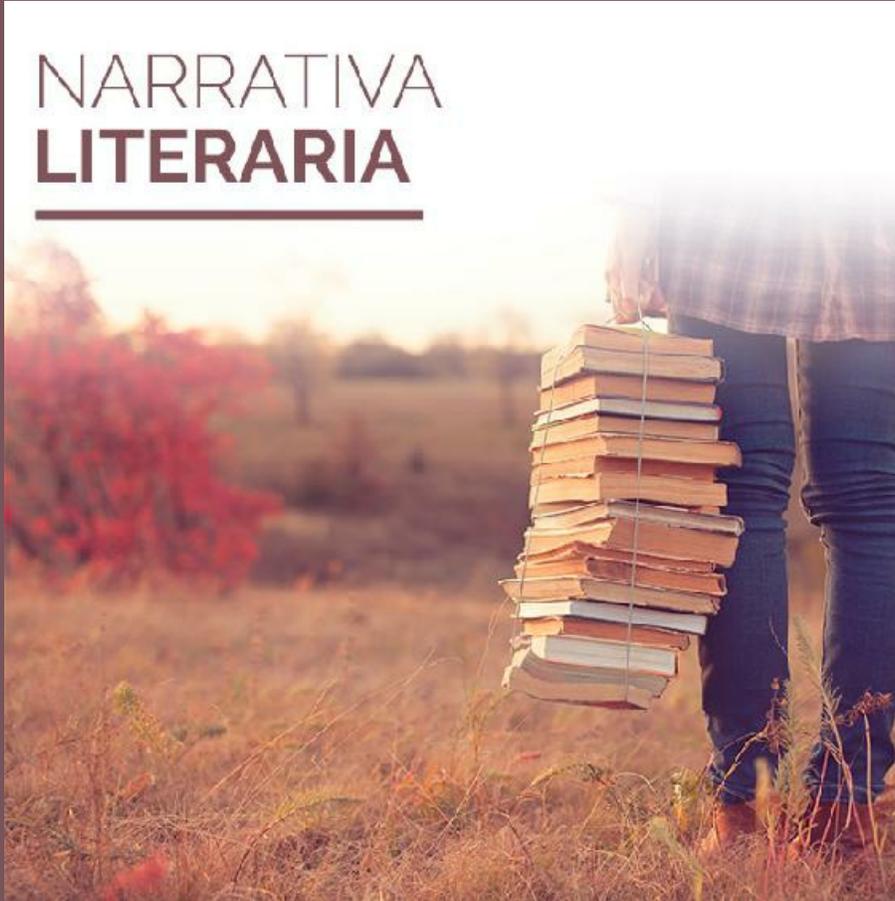
Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2020

ISBN: 978-84-9066-790-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NARRATIVA
LITERARIA



¡Síguenos en redes sociales!



